

# artolka



**LENIN, 1924-2024**

**GEDAR**



**N**uestro objetivo ha sido señalar los puntos nodales de la teoría de Lenin, identificarlos y ordenarlos dentro de su sistema categorial; en definitiva, realizar una jerarquía política de los mismos, que nos posibilite historizar su pensamiento y con ello revitalizarlo, haciéndolo actual. Creemos, de hecho, que la única manera de hacerlo actual es actualizarlo, no en un sentido de revisarlo, sino de identificar en el presente las mismas tareas que llevaron a Lenin a elaborar su pensamiento; identificar en la actualidad la tarea leninista. Son nuestras tareas actuales, y solo ellas, las que posibilitan revivir a Lenin en la actualidad. El recuerdo, desde la distancia, de un Lenin momificado, no es más que otra manera de matarlo.

# Contenido

---

**6**

---

**10**

---

**20**

---

**30**

---

**40**

---

**54**

---

**64**

---

**EDITORIAL**

*Arteka*

**Lenin 2024**

---

**COLABORACIÓN**

Nahia Santander

**Los derechos políticos  
y la revolución**

---

**COLABORACIÓN**

Dani Askunze

**La cuestión nacional en  
Lenin: cuestión política**

---

**COLABORACIÓN**

Mario Aguiriano

**El escenario de la  
hegemonía**

---

**REPORTAJE  
HISTÓRICO**

Marina Segovia

**Contexto histórico y  
debates en el seno de  
la III Internacional**

---

**COLABORACIÓN**

Alex Fernández

**Semanas en las que  
pasan décadas: Lenin, el  
Estado y la revolución**

---

**COLABORACIÓN**

Aitor Martinez

**El imperialismo, en un  
sentido político**

# Lenin 2024

---

## Editorial

**E**n el año 2024 se han cumplido 100 años de la muerte de Lenin. Con motivo del centenario, desde el Instituto de Estudios Socialistas (ISI) se organizó en abril un Congreso Internacional. El objetivo fue reivindicar la vigencia de la teoría revolucionaria y la actualidad del pensamiento político de Lenin. Con este número, nos subscribimos al mismo objetivo, y pretendemos realizar una aportación en el sentido de la consolidación de la teoría revolucionaria y la estrategia socialista, defendiendo, para ello, la militancia política de uno de los mayores y mejores representantes de la tradición socialista. Uno de los nuestros.

Si bien la tarea es enorme y no puede abarcarse en un único número de la revista, nuestro objetivo ha sido señalar los puntos nodales de la teoría de Lenin, identificarlos y ordenarlos dentro de su sistema categorial; en definitiva, realizar una jerarquía política de los mismos, que nos posibilite historizar su pensamiento y con ello revitalizarlo, haciéndolo actual. Creemos, de hecho, que la única manera de hacerlo actual es actualizarlo, no en un sentido de revisarlo, sino de identificar en el presente las mismas tareas que llevaron a Lenin a elaborar su pensamiento; identificar en la actualidad la tarea leninista. Son nuestras tareas actuales, y solo ellas, las que posibilitan revivir a Lenin en la actualidad. El recuerdo, desde la distancia, de un Lenin momificado, no es más que otra manera de matarlo.

***(...) el comunismo no es una teoría abstracta que se despliega en oposición absoluta a las contradicciones del sistema capitalista, sino que, más bien al contrario, en tanto que negación de la realidad presente, su despliegue solo es posible actuando en la misma y llevando al límite sus contradicciones; esto es, como negación real del estado actual de las cosas***

En el presente número ofrecemos seis temas que creemos esenciales para comprender el pensamiento de Lenin.

El primero hace referencia a la relación entre la lucha por los derechos políticos y la revolución socialista, en la revolución soviética de 1917 y en la actualidad. La lucha contra la autocracia zarista y por la dictadura democrática del proletariado y campesinado, como forma de transición específica en la realidad rusa del momento a la dictadura del proletariado, nos permiten comprender en qué sentido los comunistas no podemos abstraernos de las tareas inmediatas que nos presenta la realidad y en qué sentido el comunismo no es una teoría abstracta que se despliega en oposición absoluta a las contradicciones del sistema capitalista, sino que, más bien al contrario, en tanto que negación de la realidad presente, su despliegue solo es posible actuando en la misma y llevando al límite sus contradicciones; esto es, como negación real del estado actual de las cosas. La lucha por los derechos políticos, en Lenin, busca acentuar esas contradicciones, al mismo tiempo que mejorar sustancialmente las condiciones de vida y de lucha del proletariado, y sumar a cada vez más proletarios a la arena política de la lucha de clases.

El segundo está relacionado con un derecho político que cobra especial importancia en Lenin: el derecho de las naciones a la autodeterminación. En tanto que derecho político, su reconocimiento cumple con las mismas funciones y objetivos que cualquier otro derecho. Sin embargo, en tanto que derecho especial relacionado con la cuestión nacional, su objetivo es anular las tendencias nacionalistas presentes, que tensionan las relaciones entre las naciones enfrentando a los proletarios entre sí. Es un llamamiento a la igualdad entre naciones y a la unidad internacional del proletariado.

El tercero repasa el concepto de la hegemonía proletaria en Lenin, en el contexto de su defensa de la alianza entre el proletariado y el campesinado. La cuestión fundamental a la que respondía Lenin era: ¿cómo construir el socialismo en Rusia, país de mayoría aplastante campesina, y cómo realizar esa tarea bajo la dirección del proletariado, claramente inferior en número? La dictadura democrática del proletariado y el campesinado o la Nueva Política Económica son respuestas a la cuestión de la hegemonía y el poder proletario, en un contexto de crisis revolucionaria.

En el cuarto repasamos la táctica de Lenin en la Tercera Internacional y sus polémicas con el izquierdismo. La urgencia revolucionaria, que había pasado de ser una inquietud bolchevique a una actualidad presente en la vida de todos los rusos y de gran parte del proletariado de todos los países, exigía medidas efectivas por parte de la organización internacional de los comunistas. En un contexto así, donde los bolcheviques se habían lanzado a la conquista revolucionaria del poder en Rusia, como primer paso para avivar la Revolución Socialista Mundial y extenderla primero por Europa, se desarrollan los debates con el izquierdismo sobre la táctica revolucionaria a adoptar y la unidad en la lucha de los comunistas a escala internacional.

En el quinto se aborda un clásico de Lenin, *El estado y la revolución*, para identificar en él la teoría del poder comunista, y las diversas fases de su desarrollo, desde la constitución del proletariado en Partido Comunista, pasando por el desarrollo del poder soviético y la dictadura del proletariado, hasta la sociedad comunista donde han sido abolidas las clases. Es importante señalar que los comunistas ni somos rimbombantes en nuestras palabras, ni ocultamos su verdadero significado con eufemismos: la dictadura del proletariado, entendida verdaderamente como dictadura transitoria, es el concepto que nos permite pensar aquí y ahora en una política proletaria independiente. Sin la dictadura no es posible pensar en la política, sería como retroceder a tiempos premarxistas donde se reivindicaba una nueva sociedad aludiendo a la razón o al filantropismo abstracto, o incluso se pretendía construirla por medio de la lucha económica del proletariado, desarrollando cooperativas, etc. Es lo que hoy se conoce como “somos el 99%” de los socialdemócratas, una negación de la dictadura del proletariado y de una política de clase independiente.

***La cuestión fundamental a la que respondía Lenin era: ¿cómo construir el socialismo en Rusia, país de mayoría aplastante campesina, y cómo realizar esa tarea bajo la dirección del proletariado, claramente inferior en número? La dictadura democrática del proletariado y el campesinado o la Nueva Política Económica son respuestas a la cuestión de la hegemonía y el poder proletario, en un contexto de crisis revolucionaria***



***La dictadura del proletariado, entendida verdaderamente como dictadura transitoria, es el concepto que nos permite pensar aquí y ahora en una política proletaria independiente. Sin la dictadura no es posible pensar en la política, sería como retroceder a tiempos premarxistas donde se reivindicaba una nueva sociedad aludiendo a la razón o al filantropismo abstracto, o incluso se pretendía construirla por medio de la lucha económica del proletariado, desarrollando cooperativas, etc.***

Finalmente, el sexto tema aborda la teoría sobre el imperialismo de Lenin y la importancia de reivindicar el potencial político de su teoría en el contexto de Guerra Mundial en el que se desarrolla, fantasma que hoy en día nos acecha con cada vez mayor insistencia. La pugna entre grandes bloques monopólicos de capital, el monopolio como poder político, las condiciones sociales y políticas desarrolladas en los países imperialistas como parte del expolio a los proletarios de los países periféricos... son elementos que nos permiten pensar hoy en día en la organización política del poder burgués, en su base social y, cómo no, en la constitución del proletariado como bloque antagónico en lucha contra la dictadura de la burguesía.

Confiamos en que el presente número ayude a comprender un poco mejor el pensamiento de Lenin, y la grandeza de su obra. Que ayude a reivindicar al Lenin militante, ese maestro de la táctica que fue capaz de entender qué era el comunismo en el contexto en el que le tocó vivir, y que tradujo el comunismo a lo que siempre debió de ser: la lucha revolucionaria por la conquista del poder político que posibilitara la emancipación económica del trabajo. Esa es la enorme tarea que heredó de Marx y a la que fue fiel hasta el día de su muerte. ●

COLABORACIÓN

# LOS DERECHOS POLÍTICOS Y LA REVOLUCIÓN

---

Texto — **Nahia Santander**

Imagen — **Irenewckd**

En 1910, Lenin afirmó que el bolchevismo había tomado forma definitiva como tendencia política en la primavera de 1905. Cinco años después, explicó la división en el seno de la socialdemocracia rusa atendiendo a la continuidad entre el *economicismo* de finales de la década de 1890 y el *menchevismo*, y a la fidelidad del *bolchevismo* con la vieja táctica *iskrista*, con el programa del marxismo revolucionario. Fue la renuncia a la necesidad de luchar por la libertad política completa y por el derrocamiento total del zarismo lo que condenó a los primeros al campo del *oportunismo*, a mantenerse a la cola de la burguesía liberal – posición que mantuvieron también durante 1917–.

#### LA LUCHA POLÍTICA CONTRA EL ESTADO ZARISTA Y LOS DERECHOS POLÍTICOS COMO CONDICIÓN VITAL DEL PROLETARIADO

Uno de los temas más frecuentes en la obra de Lenin, sobre todo en sus primeros escritos, fue el análisis del Estado ruso y la organización del poder político. El término con el que hizo referencia al régimen político ruso era el de *autocracia zarista*, esto es, una forma de gobierno en la que la totalidad del poder del Estado residía en una sola persona, el zar. Solo él tenía la capacidad de promulgar las leyes y de designar a los funcionarios para ejecutarlas, de decidir la política general del país.

Era una forma de Estado que condenaba al pueblo a la ausencia de libertad. Este carecía de *existencia política*: no tenía derecho a organizarse en reuniones, a discutir los asuntos públicos ni a influir en la opinión pública o en el Estado mediante sus asociaciones. No podía participar en la promulgación de las leyes, porque ni siquiera existía una Asamblea Nacional a la que los trabajadores y campesinos pudieran enviar a sus representantes y ante la cual el Gobierno rindiera cuentas. Tampoco tenía la posibilidad de determinar la composición de la Administración del Estado, de controlar la actividad de los funcionarios o de denunciar los casos de arbitrariedad constantes.

El derrocamiento de la autocracia zarista fue considerado el objetivo prioritario de la socialdemocracia rusa desde la década de 1880. Sin embargo, ya a finales de los años 1890 empezó a adquirir peso dentro de la socialdemocracia una tendencia que renunciaba a los principios del marxismo revolucionario, cuestionando la necesidad de la lucha política contra el Estado.

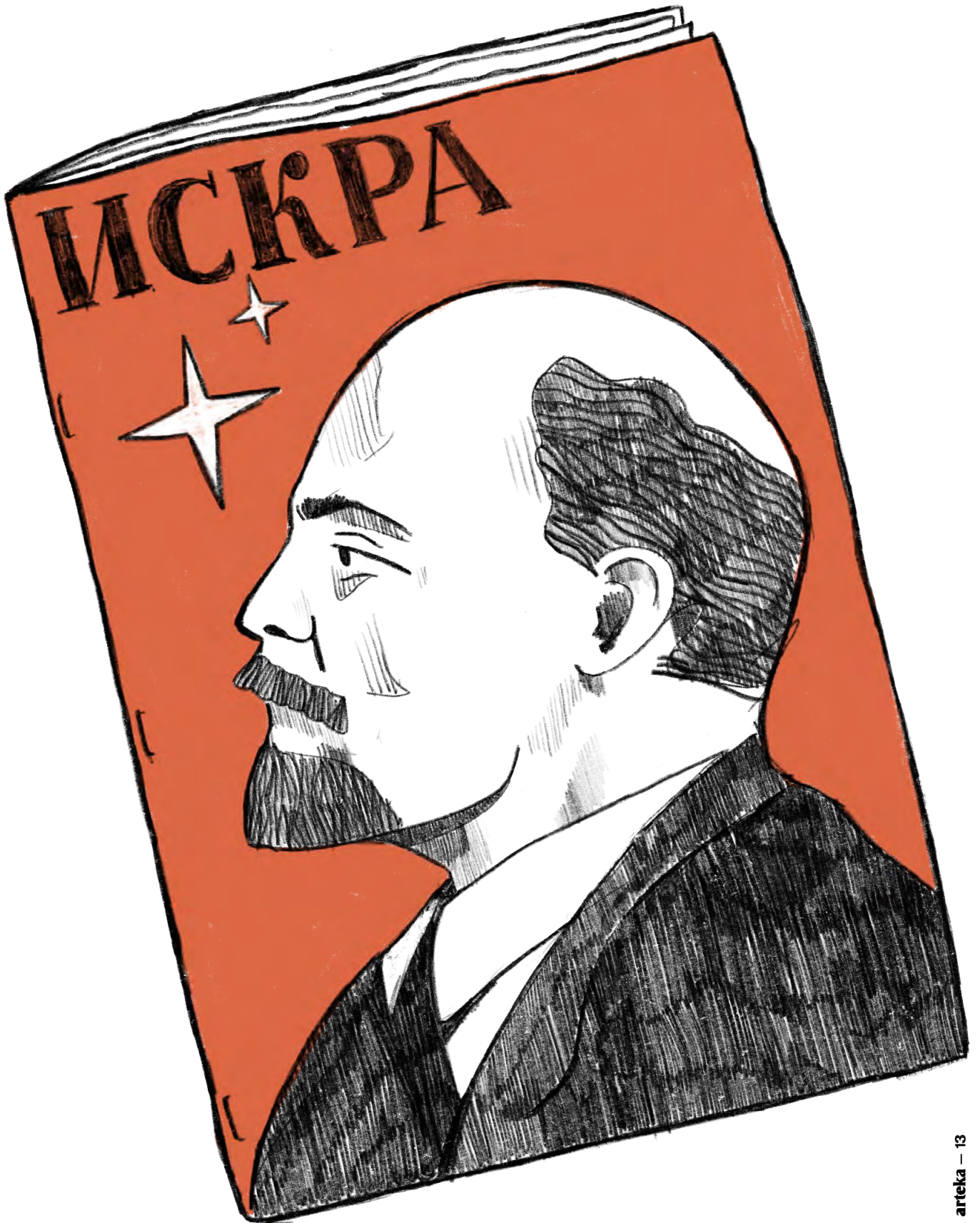
Esta tendencia adoptó la forma de *economicismo*. Los economicistas eran pesimistas sobre las posibilidades de una revolución política contra el zarismo y negaban la importancia de luchar por los factores que podrían posibilitarla. Defendían que los obreros rusos estaban todavía muy poco preparados para plantear reivindicaciones políticas, que carecían de los conocimientos y experiencia necesarios para poder organizarse en partido y que el derrocamiento de la autocracia zarista no les traería ningún beneficio. De ahí concluían que la labor de los socialdemócratas debía limitarse a ayudar al proletariado en su lucha económica y dejar que fueran los sectores radicales de la burguesía quienes dirigieran una actividad política contra el Gobierno zarista.

Para Lenin era rotundamente falso que los obreros no se interesaran por nada que no fueran cuestiones estrictamente salariales; de ser así, la tarea de organizar un gran partido proletario sería inútil. Constituía una desviación grave del marxismo defender que los socialdemócratas no debían inculcar al movimiento obrero la necesidad de luchar por el derrocamiento del zarismo. Al contrario, los obreros con conciencia de clase no podían perder de vista que esta era la primera tarea de la clase obrera rusa. Mientras persistiera el régimen autocrático, la clase trabajadora no podría conquistar ninguna posición sólida, ni en la esfera económica, ni en la política, ni tampoco desarrollar grandes organizaciones. Limitar la lucha contra el zarismo a una *oposición legal* encabezada por la burguesía liberal condenaba de antemano a esa misma lucha a la impotencia. La condición de su efectividad no era que el proletariado diera apoyo a la burguesía liberal, sino que se organizara en un *partido político independiente*. Solo así podría esquivar el riesgo de quedarse atado a la predisposición conciliadora del liberalismo con el zarismo.

## El derrocamiento de la autocracia zarista fue considerado el objetivo prioritario de la socialdemocracia rusa desde la década de 1880

Las condiciones políticas del zarismo hacían imposible aplicar completamente el modelo de partido obrero de algunos países europeos, pero no condujeron a Lenin a cuestionar el ideal de la socialdemocracia revolucionaria ni a proponer ningún *partido de nuevo tipo*. Para él, la misión del partido era preparar a las masas para que fueran capaces de participar en los asuntos públicos y en la organización política de la sociedad, para que realizaran la revolución dirigida a derrocar el Gobierno y establecer el suyo propio. El partido debía educarles políticamente, enarbolando una posición independiente ante cada hecho y reaccionando ante toda manifestación de arbitrariedad y abusos, exponiendo ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas.

Por ello, la esfera del partido tenía que ser la de la *vida pública*. Una organización política que fuera totalmente secreta podía ser necesaria en determinadas circunstancias, pero antes o después habría de idear mecanismos para poder expresar sus puntos de vista ante el público e intervenir políticamente en la sociedad. Ese fue uno de los objetivos que vino a cumplir *Iskra*: crear una *tribuna* desde donde hablar a unos obreros cada vez más dispuestos a escuchar el mensaje socialdemócrata.





Pero que el partido socialdemócrata pudiera erigirse verdaderamente como un partido de oposición irreconciliable contra todos los partidos y el Estado requería que conquistara las condiciones necesarias para poder desarrollar una política propia y la capacidad para imponerla: los derechos políticos. Los derechos políticos son vitales para el proletariado porque sin ellos no tiene garantizada su existencia política. Su ausencia o la minimización de su importancia le condena a la impotencia, a ser un mero apéndice del partido radical de clase media. Los derechos políticos hacen posible desplegar una política propia e influir en los asuntos públicos; permiten trascender la escala local y poner en comunicación recíproca a las masas. Son la base para que el proletariado pueda dirigir su lucha política contra el Estado.

Todos los programas políticos de la socialdemocracia rusa redactados por Lenin o en los que él influyó contienen la reivindicación de los derechos políticos necesarios para la organización política y económica –libertad de reunión, de asociación y de huelga–, también la de aquellos que permitieran expresar abiertamente las ideas socialdemócratas –libertad de prensa–, o la de los que otorgaban a los representantes de la clase obrera una tribuna y favorecían la propagación amplia de sus intereses –sufragio universal–.

***La misión del partido era preparar a las masas para que fueran capaces de participar en los asuntos públicos y en la organización política de la sociedad, para que realizaran la revolución dirigida a derrocar el Gobierno y establecer el suyo propio***

### **EL DERROCAMIENTO TOTAL DEL ZARISMO Y LA INSTAURACIÓN DE LA LIBERTAD POLÍTICA**

Lenin defendió que la lucha por la ampliación de los derechos políticos era indisoluble de la lucha contra el carácter antidemocrático del Estado. Los derechos políticos tenían un nexo indisoluble con la libertad política, con la necesidad de impulsar cambios radicales de todo el sistema político. Los socialdemócratas debían luchar por arrancar concesiones al zarismo y utilizarlas para mejorar su posición en la lucha, pero siempre sin perder de vista que, mientras subsistiera un Gobierno que el pueblo no pudiera revocar, la efectividad de estos derechos estaría sujeta a su voluntad.

La única vía para alcanzar la libertad política plena, por tanto, era que las masas del pueblo que habían sido excluidas del poder realizaran la revolución, es decir, que derribaran el orden político existente y constituyeran uno nuevo. El objetivo de la revolución es que la mayoría explotada tome en sus manos todo el poder hasta entonces en manos del anterior Gobierno, no acordar con él un simple reparto. Una revolución no es una transacción.

Por ello, que la revolución fuera llevada hasta el final requería acompañar el derrocamiento del Gobierno existente con la instauración de un nuevo centro de poder y autoridad, que la mayoría pobre concentrara en sus manos todos los instrumentos de acción pública. De lo contrario, no estaría en disposición de iniciar un *proceso constituyente*, de instituir una nueva forma democrática de organización del poder político.

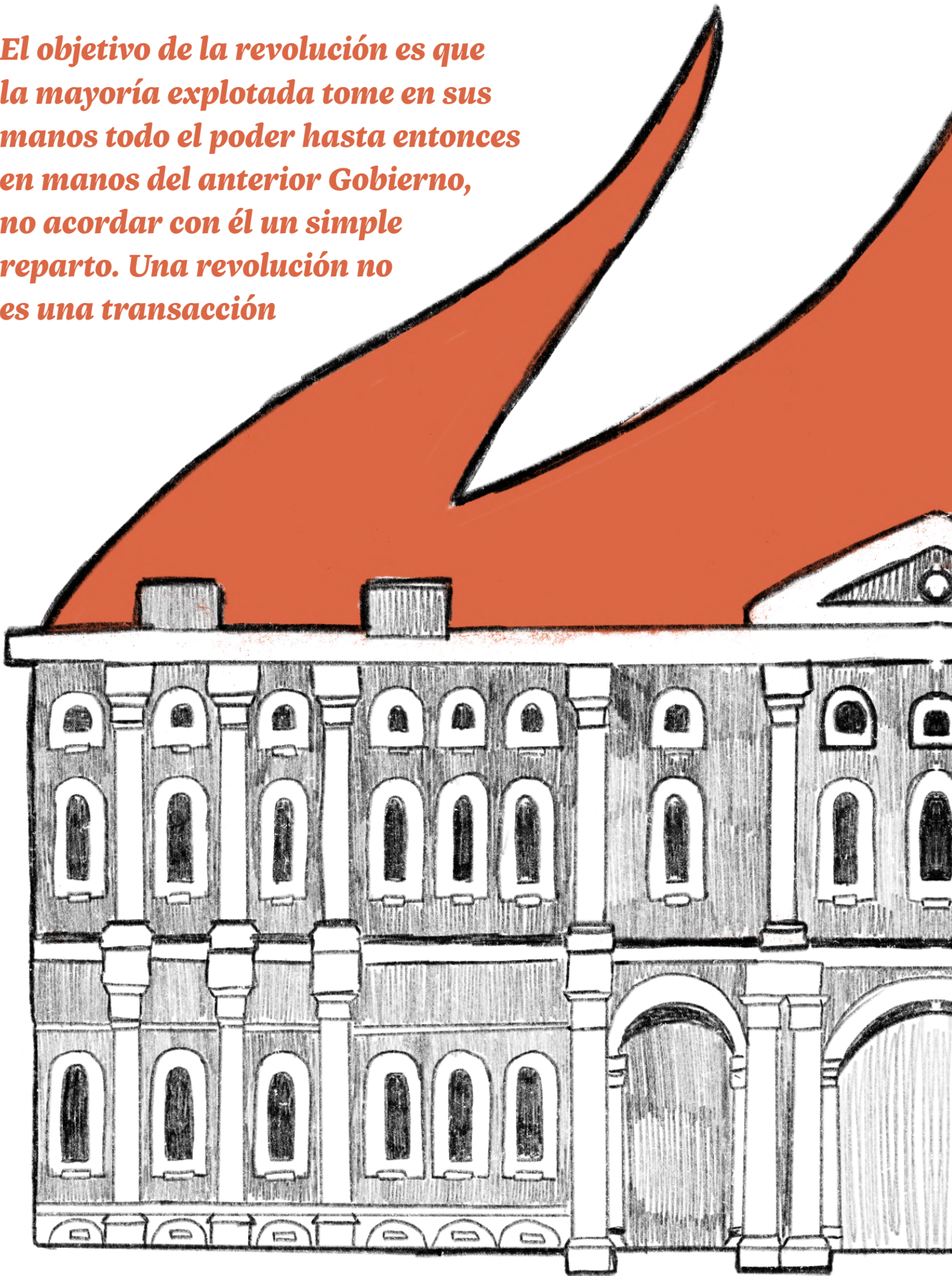
Este Gobierno alternativo de las masas obreras y campesinas fue denominado *Gobierno provisional revolucionario* durante la revolución de 1905; pero su continuidad con las tareas de los soviets del proletariado y el campesinado de 1917 es clara. El objetivo de este poder de la mayoría pobre era acometer el *programa mínimo*, esto es, el conjunto de transformaciones políticas y económicas necesarias para destruir la máquina estatal sobre la que descansaba el poder de la minoría explotadora e implementar una forma de organización política que situara definitivamente el poder en manos de la mayoría explotada.

***La única vía para alcanzar la libertad política plena, por tanto, era que las masas del pueblo que habían sido excluidas del poder realizaran la revolución, es decir, que derribaran el orden político existente y constituyeran uno nuevo***

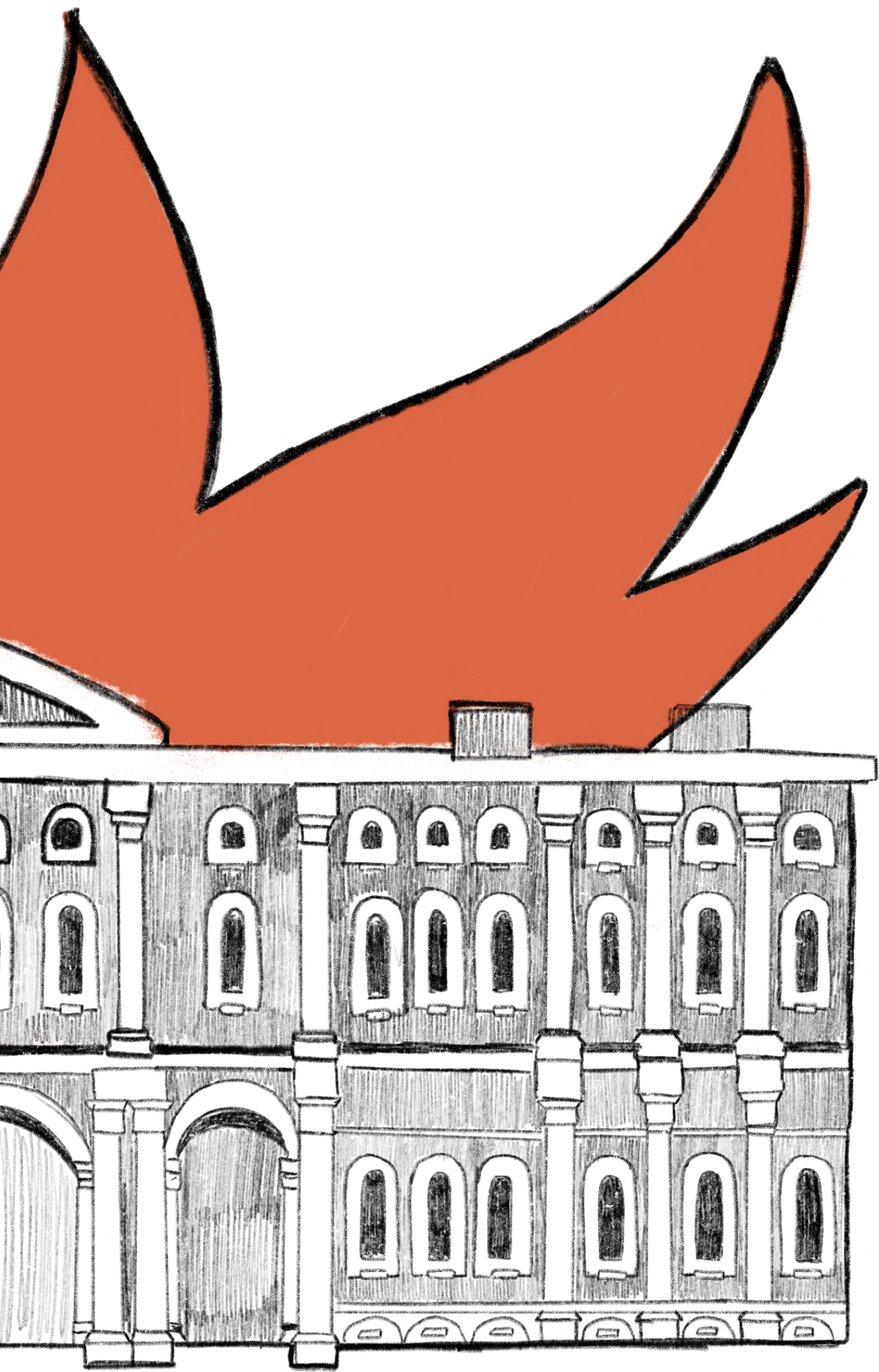
En cambio, los mencheviques negaron durante la revolución de 1905 que la socialdemocracia debiera participar en un Gobierno provisional revolucionario en caso de que la revolución consiguiera derrocar al zarismo. Su posición era una extensión del economicismo, al no ser capaces de comprender el interés político del proletariado en la revolución más allá de la satisfacción directa de sus intereses económicos. Argumentaban que participar en él llevaría a la socialdemocracia a dejar de lado su carácter de clase, porque tal Gobierno aún no podría cumplir inmediatamente con el programa máximo –la transformación socialista–. Para evitar este peligro, la socialdemocracia debía situarse fuera de él y limitarse a ejercer presión.

Lenin acusó a los mencheviques de no ser capaces de ver que el desenlace de la revolución dependía del papel que el proletariado socialdemócrata desempeñara en ella: de si se quedaba al margen de esta y entregaba su dirección a la burguesía, como proponían los mencheviques, o de si, al contrario, asumía el papel dirigente de la revolución, como defendían los bolcheviques. De no ser promulgadas por un Gobierno provisional, cualquier medida democrática que pudiera introducir el Gobierno del zar, ya fuera una Asamblea Constituyente, la creación de un Parlamento o la promulgación de ciertos derechos políticos tan solo implicaría negociar un reparto de poderes entre las distintas clases.

*El objetivo de la revolución es que la mayoría explotada tome en sus manos todo el poder hasta entonces en manos del anterior Gobierno, no acordar con él un simple reparto. Una revolución no es una transacción*









## ***La única garantía de la libertad política plena era que el proletariado pusiera fin a la existencia de cualquier órgano de poder no elegido por el pueblo e irrevocable, no dependiente por entero del pueblo***

En realidad, ese era el objetivo que la burguesía liberal persiguió durante 1905: renunciaba a acabar con el zarismo y a poner en manos del pueblo todo el poder. Proponía reformar el zarismo por la vía *constitucional*, por lo que todas sus propuestas de ley validaban la existencia de un poder ajeno al pueblo. Se limitaban a acordar un reparto de poderes entre el zar, una cámara alta y una cámara baja. Los mencheviques se arrodillaron ante las promesas de la burguesía: primero, equiparando la victoria de la revolución con la convocatoria de una Asamblea Constituyente compatible con el zarismo, que no fuera producto de un Gobierno provisional revolucionario y, posteriormente, buscando limitar la actividad del partido a la oposición desde dentro del régimen. Aún sin tener parlamento, adolecían de *cretinismo parlamentario*: aunque se mostraron críticos con las propuestas de ley para la convocación de la futura Duma, no fueron capaces de impulsar la revolución hacia adelante y organizar un boicot activo que buscara forzar al Gobierno a realizar mayores concesiones.

No obstante, la instauración de un Gobierno provisional podía no dar lugar a un régimen plenamente democrático si el proletariado no alcanzaba la fuerza suficiente para imponerse a la burguesía. Esa estaba siendo la evolución del Gobierno provisional de 1917 que los mencheviques sostuvieron, antes de que los bolcheviques lo derribaran y tomaran el poder. En él, la burguesía había optado por apoyarse en instituciones del anterior régimen político, como el ejército permanente o la burocracia. Le era preferible que los cambios democráticos se produjeran con mayor lentitud, de un modo menos resuelto. Lenin siempre denunció que la burguesía era incapaz de luchar por la libertad plena, que traicionaría la causa que decía defender porque era consciente de que el proletariado podría convertir esas nuevas instituciones en armas contra la misma burguesía.

De acuerdo con Lenin, la única garantía de la libertad política plena era que el proletariado pusiera fin a la existencia de cualquier órgano de poder no elegido por el pueblo e irrevocable, no dependiente por entero del pueblo. Por ello, el poder político del proletariado y el campesinado debía organizarse bajo la forma de una *república verdaderamente democrática*, tal y como terminaría constituyéndose con la república de los soviets en octubre de 1917. Esta pondría fin a la división de poderes propia de los Estados modernos y concentraría todo el poder en una asamblea única de representantes o delegados elegidos por sufragio universal, directo, igual y secreto, responsables y revocables en todo momento. Aseguraría la democratización completa de la Administración del Estado y la supresión de la burocracia, haciendo a todos los funcionarios públicos elegibles y subordinados a la voluntad del pueblo. Acabaría con la fuerza coercitiva organizada para reprimir al pueblo –la policía y el ejército permanente–, sustituyéndola por el propio pueblo en armas.

En palabras de Lenin: “la libertad del pueblo solo está asegurada plena y efectivamente cuando todo el poder del Estado pertenece plena y efectivamente al pueblo” (*La lucha por la libertad y la lucha por el poder*, 1906). ●

COLABORACIÓN

# LA CUESTIÓN NACIONAL EN LENIN, CUESTIÓN POLÍTICA

---

Texto — **Dani Askunze**

Imagen — **Axier Nuñez & Iker Leon**

Hablar de marxismo y cuestión nacional es hablar de una larga polémica. Lo es precisamente por la ausencia en el marxismo de una teoría general sobre la cuestión más allá de unos principios éticos básicos. Aquí es donde hace aparición Lenin, sin ningún afán contemplativo de teorizar sobre la nación en sí misma. La cuestión nacional es una cuestión eminentemente política en su obra. Y su tratamiento termina por confirmar el tópico a destacar sobre su perfil militante: estrategia antes que teórico. Se trataba pues de afrontar políticamente con justeza la cuestión nacional y encontrar su lugar en la estrategia para la revolución socialista.

**H**a cargado esta cuestión reiteradamente con el apelativo de *burguesa*. En efecto, el concepto moderno de nación –y el nacionalismo– tiene históricamente relación directa con el desarrollo del capitalismo y el ascenso de la burguesía como clase dominante. Sin embargo, la persistencia de la cuestión nacional se ha encargado de recordarnos que esta no fue exclusiva del capitalismo temprano y las revoluciones burguesas. Y es que el sistema capitalista globalizado no termina de disolver la nación, ya que, si bien transformándola, la reproduce. Y junto con ella, la cuestión nacional, que adopta significaciones parcialmente distintas en la transición del feudalismo al capitalismo, del capitalismo al socialismo o del socialismo al comunismo.

Efectivamente, la nación es un fenómeno histórico propio de la sociedad burguesa, que nació y morirá con ella. Y en tanto que la burguesía es la clase dominante, burguesa es la hegemonía sobre la nación. Sin embargo, la nación es policlasista en su composición, con sus dos grandes clases, burguesía y proletariado. E interclasista en su contenido, la comunidad nacional. Ahora bien, dicha comunidad no se da exclusivamente en un plano ideológico de mero engaño, por más relevante que resulte este. Sino que es bien real, construida sobre una base objetiva: es el *hecho nacional*.



***Es una cuestión que ni afecta en exclusiva a la burguesía ni al proletariado, sino a ambos. Y en la medida en que es una problemática interclasista, es necesario articular una respuesta proletaria diferenciada de la burguesa dominante, que neutralice la influencia de la misma***

Precisamente ahí reside su complejidad política. Es una cuestión que ni afecta en exclusiva a la burguesía ni al proletariado, sino a ambos. Y en la medida en que es una problemática interclasista, es necesario articular una respuesta proletaria diferenciada de la burguesa dominante, que neutralice la influencia de la misma. Respuesta especialmente necesaria cuando ya no solo hablamos de nación en general, sino de opresión nacional en particular, lo cual supondrá una preocupación especial para Lenin como *gran ruso* con conciencia de que *un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*. A la par que su compromiso con construir la unidad estratégica y organizativa del proletariado revolucionario frente a las tendencias disolventes de la misma, en un contexto tan complejo como el del Imperio ruso.

Así pues, combatir la opresión nacional y el nacionalismo, y trabajar por la unión de clase del proletariado: estos serán los principios que guiarán la política leninista sobre la cuestión. La cual, lejos de situarse en la abstracción, descenderá a lo concreto, al programa. Ahí polemizará dentro del campo socialista y también bolchevique, ya sea con Kautsky, Pilsudski, Luxemburg, Bauer, los bundistas, Trotski, Bukharin o Stalin.

**CUESTIÓN PROGRAMÁTICA Y ORGANIZATIVA**

En el seno de la socialdemocracia internacional, se venía planteando la autodeterminación nacional como consigna mayormente retórica y abstracta, con un limitado consenso real y una menor operatividad práctica. A este estado de cosas busca darle la vuelta el II Congreso del POSDR (Partido Obrero Social Demócrata Ruso) de 1903 –célebre por la división entre bolcheviques y mencheviques– mediante la elaboración de su programa, en la cual tomará parte importante Lenin. En dicho programa se señalan los “muchos residuos del orden precapitalista”, que, entre otras cosas, “inhiben el desarrollo de la lucha de clases del proletariado”, siendo la autocracia zarista “el más importante de estos residuos”<sup>[1]</sup>. En este contexto se sitúa como objetivo inmediato el derrocamiento del zarismo y su sustitución por una república democrática, en la cual se enmarca como noveno punto programático el “derecho de autodeterminación para todas las naciones incluidas en el territorio del Estado”. Además, el octavo punto hace referencia a los derechos lingüísticos igualitarios a nivel social, educativo y administrativo. De esta manera, hace aparición el derecho de autodeterminación, como reivindicación democrática inscrita en el programa mínimo y por tanto como objetivo inmediato.

Las reacciones no se hicieron esperar. Ya en el mismo congreso, los miembros del Partido Socialista Polaco de Pilsudski lo abandonaban por no admitir el punto de la autodeterminación, desde posiciones nacionalistas de defensa incondicional de la independencia polaca. Por su parte, el Bund –la Unión General de Trabajadores Judíos– abandonaba también, en su caso por no aceptar el principio del centralismo y no ser reconocidos como la única organización representativa del proletariado judío.

Lenin responderá a los polacos en los siguientes términos, que se repetirán insistentemente en el futuro, sobre la condicionalidad de la autodeterminación nacional y su relación con la unión y la autodeterminación del proletariado: “El reconocimiento incondicional de la lucha por la libre determinación en modo alguno nos obliga a apoyar cualquier demanda de autodeterminación nacional. La socialdemocracia, como partido del proletariado, se plantea la tarea positiva y fundamental de cooperar a la autodeterminación del proletariado de cada nación, y no a la de pueblos y naciones como tales. Nosotros debemos tender, siempre y de un modo incondicional, a lograr la unión *más estrecha* entre los proletarios de todas las naciones, y tan solo en casos aislados y a título de excepción podemos presentar y apoyar con energía reivindicaciones tendentes a constituir un nuevo Estado”<sup>[2]</sup>. A su vez, afeará su separatismo a los bundistas y la desunión que acarrearía una federación de partidos, frente a los cuales defenderá “la necesidad del centralismo organizativo para asegurar el éxito de la lucha de los proletarios de cualquier pueblo oprimido por la autocracia contra esa misma autocracia y contra la burguesía internacional, cada vez más unida”. Así las cosas, ya en 1903, la postura es clara: derecho de las naciones a la autodeterminación, que no apoyo incondicional a la separación. Y a su vez, unidad del proletariado de la nación opresora y oprimida bajo el principio del centralismo.

### DEMOCRACIA COMO MEDIO Y FIN

En los años venideros, aparecerán nuevas aportaciones al debate que, junto con el curso de los acontecimientos históricos hacia la guerra imperialista, abrirán una nueva fase del mismo. De nuevo a través de las polémicas traslucirán las posiciones leninistas.

Frente a austromarxistas y bundistas, Lenin será muy crítico con su noción de la “cultura nacional”, que representa como no puede ser de otra forma la cultura de la clase dominante. Frente a ello opondrá la consigna de la “cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial”, en la que se toman de cada cultura nacional “solo sus elementos democráticos y socialistas (...) en oposición a la cultura burguesa y al nacionalismo burgués de cada nación”<sup>[3]</sup>. Marxismo y nacionalismo serán pues, irreconciliables.

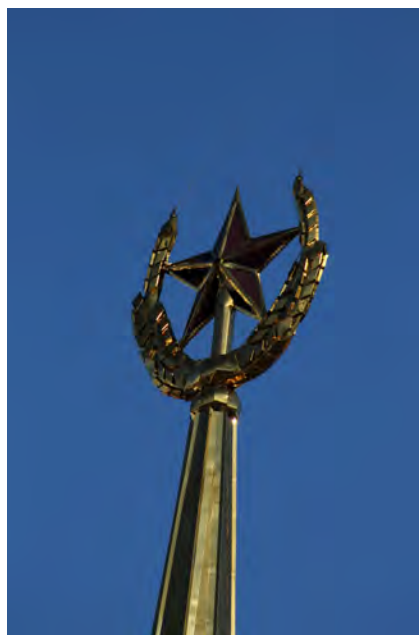
***La socialdemocracia, como partido del proletariado, se plantea la tarea positiva y fundamental de cooperar a la autodeterminación del proletariado de cada nación, y no a la de pueblos y naciones como tales***





En el otro extremo se situará Rosa Luxemburg y sus partidarios, en posiciones internacionalistas pero contrarias al derecho de autodeterminación. Lenin demostrará cómo la realidad cambiante de las fronteras europeas desmiente su acusación de utopismo. Y denunciará la complicidad con la opresión nacional de su planteamiento, por negar la independencia política a las naciones alegando que es imposible su independencia económica en el capitalismo, confundiendo erróneamente ambas<sup>[4]</sup>.

Respecto a la irrealizabilidad de la autodeterminación junto con el resto de reivindicaciones políticas democráticas –y al menos en abstracto, *burguesas*–, Lenin asume con naturalidad que estas solo son realizables inmediatamente de forma incompleta. Ahí reside precisamente su interés, en la necesidad de “formular y poner en práctica estas demandas, no a la manera reformista, sino al modo revolucionario”<sup>[5]</sup>. Así, la reivindicación de la autodeterminación cumple por un lado una función pedagógica para unir solidariamente al proletariado –que se traduce en la defensa de la libre separación en la nación opresora y la libre unión en la nación oprimida–. Pero sobre todo, cumplirá una función revolucionaria para dirigir la defensa de las demandas democráticas contra los propios cimientos del poder burgués. Esta inteligencia revolucionaria será precisamente una de las mejores aportaciones diferenciales de Lenin, con su capacidad característica para vincular las contradicciones que nos van apareciendo con el objetivo final. En ese sentido sentenciará lacónicamente que “quien espere la revolución social pura, no la verá jamás”<sup>[6]</sup>.



***Ya en 1903, la postura es clara: derecho de las naciones a la autodeterminación, que no apoyo incondicional a la separación. Y a su vez, unidad del proletariado de la nación opresora y oprimida bajo el principio del centralismo***

## ***El internacionalismo desde la nación opresora no podía limitarse a escudarse en una igualdad formal que quedara en papel mojado, sino que debía reparar activamente la desigualdad real existente, tratando con extrema delicadeza a las naciones oprimidas para restaurar la confianza entre proletarios***

### **CONSTRUCCIÓN Y EXPANSIÓN DEL SOCIALISMO**

Ya en el contexto de los bolcheviques en el poder, entre tantos retos y dificultades a los que se enfrentan, estará también la cuestión nacional. Así, el derecho de las naciones a la autodeterminación, además de punto programático, constituirá una de las bases del nuevo poder soviético<sup>[7]</sup>, el cual pronto se pondrá en práctica. Sin detenernos en toda la compleja problemática práctica que se abre en este periodo, nos quedaremos con dos puntos que generaron de nuevo debate. Ambos los afrontará Lenin desde las necesidades estratégicas de la revolución proletaria mundial, por la cual el joven poder soviético se situaba aún en plena perspectiva de expansión inmediata.

En primer lugar, volvió a ponerse en cuestión si el derecho de autodeterminación debía referirse a las naciones –incluida la burguesía– o solo a los trabajadores. Lenin ironizará frente a Bukharin que reconocer el derecho de la clase trabajadora a la autodeterminación significaría “reconocer lo que en realidad no se ha alcanzado en ningún país salvo en Rusia”<sup>[8]</sup>. Esto es, que no tenía sentido alguno allá donde los trabajadores aún no habían tomado el poder. Y que precisamente por ello seguía teniendo sentido reivindicar la autodeterminación nacional, para neutralizar el nacionalismo y facilitar la *diferenciación* y polarización entre la burguesía y el proletariado de cada nación. Es decir, que reivindicar el derecho de autodeterminación de las naciones era un paso previo y necesario para la autodeterminación de los trabajadores, la cual es un proceso complejo que presenta niveles muy distintos de desarrollo en cada país y que no se puede decretar como tal. De lo contrario, “más que un programa resultará una proclama”, cuando la función y utilidad del programa para Lenin es precisamente “reflejar la realidad con precisión absoluta”.

En la perspectiva de que el asalto rápido al poder en occidente parecía cerrarse por largo tiempo, la mirada para la expansión revolucionaria se dirigía ahora a oriente. En ese contexto salta la segunda polémica que resaltamos entre bolcheviques, esta vez ante la negativa del Partido Comunista de Georgia de disolverse en una sola RSFS de Transcaucasia. Como podemos ver en su última correspondencia<sup>[9]</sup> antes de caer enfermo, Lenin se enfrentó a Dzerzhinski y Stalin, destacando la importancia de combatir la opresión nacional que peligrosamente se seguía reproduciendo en el proceso de construcción socialista. Y alertando de que el internacionalismo desde la nación opresora no podía limitarse a escudarse en una igualdad formal que quedara en papel mojado, sino que debía reparar activamente la desigualdad real existente, tratando con extrema delicadeza a las naciones oprimidas para restaurar la confianza entre proletarios. Esto lo hacía además desde la salvaguarda del prestigio del Partido y de una recién creada URSS aún abierta a la unión de nuevas repúblicas, que como patria del proletariado no podía permitirse verse manchada por actitudes opresivas. Todo ello pensado en clave internacional, con el foco de la Internacional Comunista puesto en ganar la lucha de los pueblos de oriente contra el imperialismo para la revolución mundial.



***Frente al nihilismo nacional que niega su relevancia o la ve como un mero distractor, neutralizar al nacionalismo y asumir la cuestión nacional como factor objetivo de ahondamiento en la crisis política del sistema, debidamente aprovechado por el proletariado para decantar la revolución socialista***

**CLAVES POLÍTICAS**

A través de su obra teórica y práctica, Lenin nos dejó varias claves en su concepción de la cuestión nacional. Ideológicamente, una preocupación especial por mantenerse firme en combatir la opresión nacional, y su contraparte, la defensa de la independencia política del proletariado frente a todo nacionalismo. Estratégicamente, poner la igualdad entre las naciones y la confianza entre sus trabajadores como premisa para unir al proletariado como clase internacional; unidad del proletariado traducida organizativamente en el principio del centralismo. Y tácticamente, frente al nihilismo nacional que niega su relevancia o la ve como un mero distractor, neutralizar al nacionalismo y asumir la cuestión nacional como factor objetivo de ahondamiento en la crisis política del sistema, debidamente aprovechado por el proletariado para decantar la revolución socialista.

Todo ello condensado en la célebre reivindicación leninista del derecho de las naciones a la autodeterminación, que precisamente toma sentido en la línea de lo expuesto como 1) reivindicación democrática vinculada subordinadamente al programa comunista; 2) reivindicación negativa que reconoce incondicionalmente el derecho a la separación, pero que condiciona apoyar su ejercicio supeditadamente a las necesidades generales de la lucha de clases; y 3) factor necesario para la igualdad entre naciones que coadyuve a la unión positiva del proletariado sobre bases internacionalistas, con la vista puesta en la *fusión de las naciones en una unidad superior* realizada por la sociedad comunista. ●





## BIBLIOGRAFÍA

**[1]** (1903) *Programa del POSDR (adoptado por el II Congreso del Partido).*

**[2]** Lenin, V.I. (1903). *El problema nacional en nuestro programa.* Obras escogidas, Tomo II (1902-1905).

**[3]** Lenin, V.I. (1913). *Notas críticas sobre la cuestión nacional.*

**[4]** Lenin, V. I. (1914). *El derecho de las naciones a la autodeterminación.*

**[5]** Lenin, V.I. (1916). *La revolución socialista y el derecho de las naciones*

a la autodeterminación.

**[6]** Lenin, V.I. (1916). *Balance de la discusión sobre la autodeterminación.* Obras escogidas, Tomo VI (1916-1917).

**[7]** (1917) *Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia.*

**[8]** (1919) *VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia (bolchevique).*

**[9]** Lenin, V.I. (1922). *Contribución al problema de las naciones o sobre la autonomización.* Obras escogidas, tomo XII (1912-1923).

# EL ESCENARIO DE LA HEGEMONÍA

En un párrafo vertiginoso escrito en 1894, Lenin esbozó el esquema político que guiaría el resto de su vida. Dice así: “Cuando sus representantes de vanguardia asimilen las ideas del socialismo científico, la idea del papel histórico del obrero ruso, cuando estas ideas alcancen una amplia difusión y entre los obreros se creen sólidas organizaciones que trasformen la actual guerra económica esporádica de los obreros en una lucha consciente de clases, entonces el obrero ruso, colocándose a la cabeza de todos los elementos democráticos, derribará el absolutismo y conducirá al proletariado ruso (al lado del proletariado de todos los países), por el camino directo de la lucha política abierta, a la revolución comunista victoriosa”<sup>[1]</sup>.

**E**n las décadas anteriores, la intelectualidad radical rusa se había devanado los sesos en busca de una estrategia capaz de derribar la odiada autocracia zarista, que convertía a Rusia en el más despótico y brutal de los regímenes europeos. Los vientos que provenían de 1789 y 1848 soplaban con fuerza.

Aquellos primeros pasos vinieron marcados por la teoría y la práctica del populismo, una doctrina peculiar sostenida sobre tres premisas: 1) Rusia no sería aún un país capitalista, sino un país feudal sostenido sobre una producción agrícola fuertemente comunitaria. 2) Esa base de producción comunitaria podría constituir los cimientos de una nueva economía socialista que libraría a Rusia de pasar por la tortuosa experiencia del desarrollo capitalista, siempre y cuando el campesinado, la

clase mayoritaria del país, rompiera sus cadenas destruyendo la autocracia zarista. 3) Los intelectuales debían guiar al ignorante campesinado en este proceso, elevando su conciencia por medio, entre otras cuestiones, de ataques terroristas contra los odiados representantes del régimen.

Lenin experimentó muy de cerca las limitaciones de la doctrina populista: su propio hermano fue ejecutado tras participar de un atentado fallido contra el zar. La adhesión al marxismo del joven Vladimir Ilich fue un medio para superar estas limitaciones, asentando la lucha por la emancipación sobre una base más firme. La narrativa de emancipación arriba esbozada era, precisamente, aquella que proveía el marxismo, cristalizado por entonces en el desarrollo de grandes partidos socialistas en todo Europa.

## **“Hegemonía” es básicamente capacidad de liderazgo político y moral. La clase de liderazgo que interesa a Lenin es un liderazgo de clase. Es, en otras palabras, la capacidad del proletariado para guiar al campesinado en una lucha victoriosa contra la autocracia**

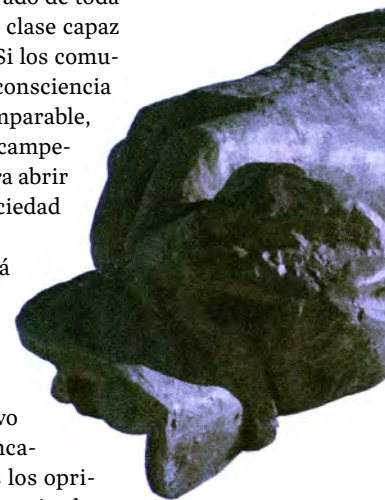
A la hora de fundamentar su planteamiento, Lenin fue sistemático<sup>[2]</sup>. Comenzó por una vigorosa defensa de la teoría y la política marxistas, que había estudiado con fervor, mostrando su validez para el contexto ruso<sup>[3]</sup>. El aventurerismo terrorista debía ser sustituido por una política proletaria; las minorías conspirativas, por un auténtico partido; la idealización del campesinado, por la organización del proletariado; los sueños de un socialismo rural, por la lucha revolucionaria por la democracia. Cinco años después, demostró de forma exhaustiva cómo Rusia era ya un país capitalista, lo que echaba por la borda las ilusiones utópicas del populismo<sup>[4]</sup>. En *¿Qué hacer?* justificó la necesidad de un partido proletario y esbozó un plan para convertir el aún disperso Partido Obrero Social Demócrata de Rusia (POS DR) en el genuino partido revolucionario de la clase obrera. Por el camino había participado en la elaboración de una estrategia revolucionaria viable para la atrasada Rusia. Pronto el POS DR quedaría dividido entre los partidarios de esa estrategia (bolcheviques) y sus detractores (mencheviques), replicando la división internacional de la socialdemocracia entre un ala revolucionaria marxista y un ala oportunista.

Vayamos por partes. El tránsito desde el populismo al marxismo implicaba la sustitución del campesinado por el proletariado como agente central del proceso revolucionario. Pero eso no podía oscurecer una cuestión fundamental: el campesinado constituía la abrumadora mayoría de la población rusa. Una mayoría explotada y oprimida bajo la bota de una clase terrateniente que tenía en el Estado zarista el mejor garante de su dominio. Sin el campesinado, muy sencillamente, no podría haber revolución —no, al menos, en el plazo de muchas décadas—<sup>[5]</sup>. Es aquí donde el concepto de hegemonía entra en escena.

“Hegemonía” es básicamente capacidad de liderazgo político y moral. La clase de liderazgo que interesa a Lenin es un liderazgo de clase. Es, en otras palabras, la capacidad del proletariado para guiar al campesinado en una lucha victoriosa contra la autocracia.

Lenin había aprendido del marxismo a ver en el proletariado una clase *de vanguardia*, dotado de unas capacidades históricamente insólitas para la organización política y social. Antagonista objetivo de la dominación de clase, al estar privado de toda propiedad, el proletariado era la única clase capaz de liderar la lucha por su superación. Si los comunistas lograran hacer que este tomara consciencia de su tarea histórica, su fuerza sería imparable, abriendo un proceso que arrastraría al campesinado a la destrucción del zarismo para abrir la puerta a la destrucción final de la sociedad de clases.

De estas premisas, Lenin destilará un esquema básico: el partido guía al proletariado, que guía a todo el pueblo en la lucha contra el zarismo, cuya destrucción sienta las bases para elevar la lucha del proletariado a un nuevo estadio<sup>[6]</sup>. El papel del proletariado, encabezado por su partido, es unir a todos los oprimidos y explotados bajo su liderazgo inspirador y derrocar al zarismo como paso intermedio hacia la construcción de una sociedad socialista.







## ***El partido guía al proletariado, que guía a todo el pueblo en la lucha contra el zarismo, cuya destrucción sienta las bases para elevar la lucha del proletariado a un nuevo estadio***

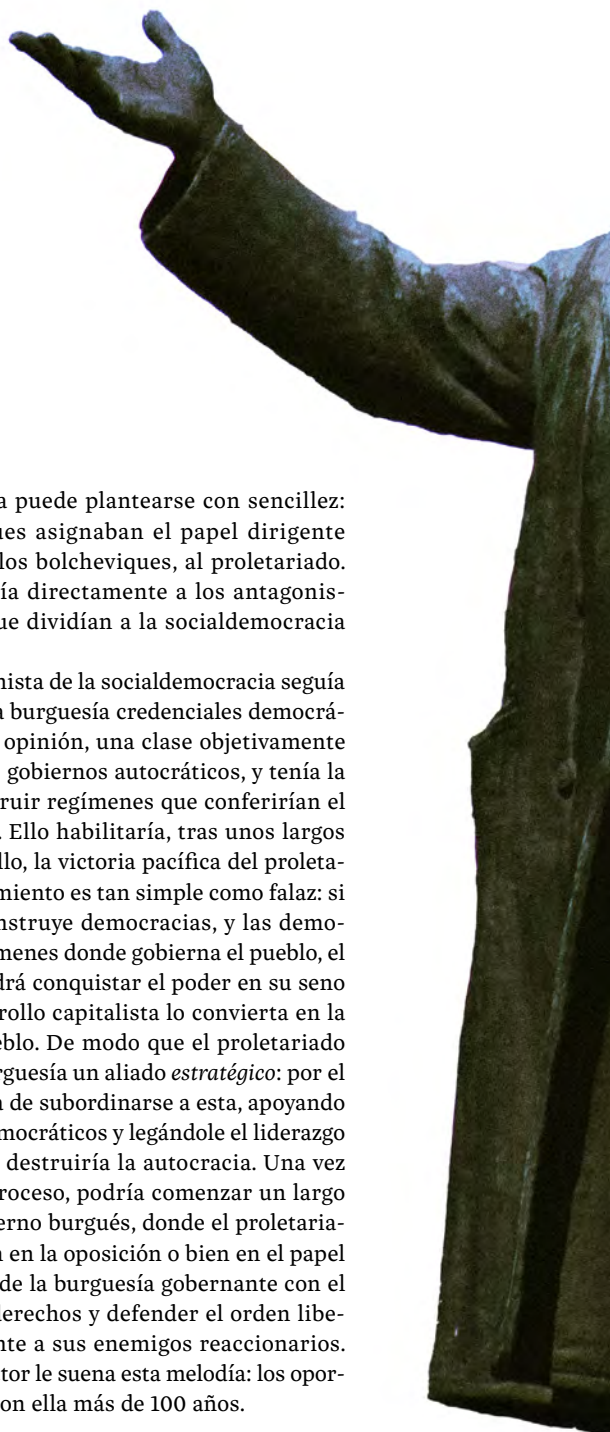
La polémica con los economicistas es una diatriba contra aquellos que pretenden privar al proletariado de esta gran misión liberadora para reducirlo a un papel subordinado y estrecho. A juicio de Lenin, la “perspectiva de clase” del proletariado no puede identificarse con una visión mezquina y cortoplacista sobre los intereses económicos inmediatos de un grupo u otro de trabajadores<sup>[7]</sup>. Es, por el contrario, la posibilidad de observar el plano de la sociedad en su conjunto la lucha e interrelación entre todas las clases, desde una perspectiva consciente de la coincidencia entre la emancipación del proletariado y la emancipación de la humanidad. En el contexto ruso, lo que dicta la perspectiva de clase del proletariado no es la lucha por intereses sectoriales aislados, sino el combate general contra la tiranía zarista, ubicándose a la cabeza de todos los oprimidos para guiarlos hacia la victoria.

Este es, en su sentido más elemental, lo que Lars Lih ha denominado “el escenario de la hegemonía”<sup>[8]</sup>. El primer drama que se desarrollará dentro de este escenario es la revolución democrática que acabará con la autocracia. Esta, a su vez, abrirá directamente las puertas a la lucha por el socialismo.

Las diferencias entre bolcheviques y mencheviques orbitan en torno a algunos de los puntos ahora esbozados. Todo se dirime en una cuestión de liderazgo, o sea, de hegemonía; todo se mueve en torno a la pregunta: ¿quién dirigirá la revolución democrática? Bajo este interrogante se esconde un profundo dilema estratégico, que afecta a la comprensión del proceso revolucionario socialista en su totalidad. En lo más inmediato, de quién dirija la revolución democrática se deriva quién ostentará el poder cuando esta se haya consumado, y lo anterior determina el tipo de régimen al cual la revolución habría de dar lugar.

La disyuntiva puede plantearse con sencillez: los mencheviques asignaban el papel dirigente a la burguesía; los bolcheviques, al proletariado. El debate remitía directamente a los antagonismos internos que dividían a la socialdemocracia internacional.

El ala oportunista de la socialdemocracia seguía concediendo a la burguesía credenciales democráticas: era, en su opinión, una clase objetivamente enfrentada a los gobiernos autocráticos, y tenía la misión de construir regímenes que conferirían el poder al pueblo. Ello habilitaría, tras unos largos años de desarrollo, la victoria pacífica del proletariado. El razonamiento es tan simple como falaz: si la burguesía construye democracias, y las democracias son regímenes donde gobierna el pueblo, el proletariado podrá conquistar el poder en su seno cuando el desarrollo capitalista lo convierta en la mayoría del pueblo. De modo que el proletariado tendría en la burguesía un aliado *estratégico*: por el momento habría de subordinarse a esta, apoyando sus impulsos democráticos y legándole el liderazgo del proceso que destruiría la autocracia. Una vez consumado el proceso, podría comenzar un largo periodo de gobierno burgués, donde el proletariado estaría o bien en la oposición o bien en el papel de socio menor de la burguesía gobernante con el fin de ampliar derechos y defender el orden liberal-burgués frente a sus enemigos reaccionarios. Seguro que al lector le suena esta melodía: los oportunistas llevan con ella más de 100 años.





El ala revolucionaria negaba la mayor. A su juicio, si la burguesía había llegado a tener credenciales democráticas, hacía tiempo que las había perdido. En cuanto el proletariado emergió en la historia como clase independiente, orientada hacia la subversión de la propiedad, la burguesía abandonó cualquier veleidad revolucionaria para lanzarse en brazos de los gobiernos existentes. Desde ese momento, el proletariado constituía la única clase consistentemente democrática y revolucionaria<sup>[9]</sup>. Solo desde la estricta independencia política, desde la vieja táctica de lucha de clases contra el Estado y el resto de partidos burgueses, podría este cumplir sus objetivos. El más importante, por supuesto, y al que debía dirigirse decididamente, era la conquista del poder político, la lucha suprema contra la burguesía por el dominio sobre la sociedad.

Los bolcheviques, encabezados por Lenin, no solo supieron adecuar este último marco al contexto ruso, donde la destrucción de la autocracia aún estaba pendiente, sino que fueron en general sus mejores y más fieles defensores. Los mencheviques querían entregar el liderazgo de la revolución democrática a la cobarde y débil burguesía rusa, que vivía con la menor de las incomodidades bajo el ala protectora del zarismo, ese garante feroz de la propiedad y el orden. En consecuencia, el escenario que proyectaban tras la revolución era la construcción de una república burguesa, donde el proletariado habría de ocupar, por definición, un rol subordinado, y el poder político quedaría en manos de la clase capitalista. Este es el célebre *etapismo* menchevique, que posterga la revolución socialista a un futuro remoto y entrega en el presente el poder a la burguesía.

***A juicio de Lenin, la “perspectiva de clase” del proletariado no puede identificarse con una visión mezquina y cortoplacista sobre los intereses económicos inmediatos de un grupo u otro de trabajadores. Es, por el contrario, la posibilidad de observar el plano de la sociedad en su conjunto la lucha e interrelación entre todas las clases, desde una perspectiva consciente de la coincidencia entre la emancipación del proletariado y la emancipación de la humanidad***

El escenario bolchevique era diferente. El liderazgo de la revolución democrática solo podía corresponder al proletariado, y el régimen resultante no sería un orden estatal burgués al estilo del que existía en Francia, Inglaterra o Alemania<sup>[10]</sup>, sino la república democrática, donde el poder político quedaría en manos de la alianza entre proletarios y campesinos<sup>[11]</sup>. Lenin se referiría a este escenario como la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” y constituye un elemento esencial del esquema de la hegemonía. A su vez, esto queda inserto dentro de una perspectiva profundamente internacionalista. Pues Lenin era consciente de que la revolución no podría traer inmediatamente el socialismo a una atrasada Rusia: el Gobierno proletario-campesino habría de asentarse sobre bases económicas burguesas. Sin embargo, si el ejemplo ruso inspirara al proletariado de los países europeos, ampliamente desarrollados, a llevar a cabo la revolución socialista, el proletariado ruso podría utilizar su poder político para impulsar a la propia Rusia hacia el socialismo<sup>[12]</sup>.

Aunque Lenin subrayaba con especial entusiasmo las potencias revolucionarias del campesinado, era consciente de que su esquema adolecía de una debilidad. El campesinado es una clase *propietaria*; el proletariado, una clase desposeída, y por ello objetivamente enfrentada a la propiedad. No se puede construir el socialismo sobre la base de la pequeña

producción campesina. Lenin, por lo tanto, no era ajeno a la fragilidad inherente a la “dictadura democrática del campesinado y el proletariado”. Todo dependía, en última instancia, de que la revolución se extendiera por la Europa desarrollada. De lo contrario, el atraso económico de Rusia acabaría devorando cualquier forma de poder proletario para devolver el poder bien a la burguesía o alguna forma de gobierno autocrático.

Ciertos mitos sugieren que Lenin habría tenido una epifanía en 1917, abandonando todos sus planteamientos anteriores en pos de un credo novedoso y mágicamente revelado. Esta narrativa es falsa e interesada: existe una continuidad esencial en la perspectiva de Lenin, con diferencias atribuibles a variaciones de coyuntura.

La diferencia fundamental es que 1) en 1917 las condiciones objetivas hacían inmediatamente posible lo que en 1905 era una apuesta a medio plazo: la expansión de la revolución proletaria a todo Europa, y por lo tanto, unidas al mayor grado de desarrollo industrial alcanzado por Rusia, ponían la cuestión de la transición al socialismo encima de la mesa. 2) La generalización de los soviets, que había generado una situación de doble poder, dotaba de una base potencial a un nuevo Estado proletario, dando así una solución concreta y tangible a la espinosa cuestión de sus formas políticas.

En cualquier caso, en 1917 Lenin fue ortodoxo: lo que surgió de la revolución de febrero era un Gobierno burgués, y ante él el partido proletario había de adoptar una actitud de oposición orientada hacia su superación revolucionaria. En los meses vertiginosos que sucedieron a febrero, los bolcheviques llevaron a cabo una frenética actividad orientada a extender este mensaje entre los soviets hasta que al fin lograron ganarse una mayoría en su seno. Bajo la consigna de “todo el poder para los sóviets” habitaba un programa para la dictadura del proletariado y el campesinado: de ahí la entrega de la tierra a los campesinos. Esta no es una medida socialista, pero sí una medida necesaria para asegurar el triunfo del “escenario de la hegemonía”.

La conquista del poder en el Octubre Rojo se dio en nombre de esta alianza obrero-campesina bajo la hegemonía proletaria. Fue esencialmente una apuesta táctica sostenida sobre la fe en la expansión de la revolución a Europa.

Como es natural, el fracaso de la revolución europea trastocó decisivamente el escenario. Con el tratado de Brest-Litovsk, el Gobierno soviético había perdido su mayoría: los socialrevolucionarios —representantes de los campesinos que habían formado parte del primer Gobierno encabezado por Lenin— devinieron en enemigos del Estado soviético. Pronto, una guerra civil apoyada por las principales potencias imperialistas asolaría Rusia. Obligados a una lucha agónica por la supervivencia, donde la derrota hubiera implicado un exterminio masivo —en algunas zonas de Finlandia las tropas “blancas” habían asesinado a *uno de cada tres* trabajadores—, los bolcheviques hubieron de reconstruir un aparato estatal burocrático, erigido sobre la mayoría obrera y campesina y gestionado a menudo por antiguos oficiales zaristas. El Partido acabó fundiéndose con ese aparato estatal que ahora debía tratar de controlar. La burocratización se aceleró exponencialmente. El Partido se militarizó y bunkerizó. Se impuso una severa economía de guerra, y los campesinos hubieron de ser dominados con mano de hierro.

Finalmente, tras prodigiosas hazañas e inmensos sufrimientos el bando rojo logró la victoria en la guerra civil. Fue una gesta casi inverosímil: pocas en la historia pueden igualársele. Sin embargo, en la forma de Estado que surgió de esta el partido funcionaba como un dictador colectivo, sostenido en un aparato burocrático que se erigía sobre un proletariado menguado y una inmensa masa campesina, en mitad de un país diezmado por el hambre y la muerte. La revolución europea, por su parte, pronto dejó de estar en la agenda inmediata. Comenzaba un largo trayecto hacia lo desconocido.

Todas las anteriores medidas fueron impuestas por la estricta necesidad, y no formaban en ningún caso parte del plan original de los bolcheviques. Sus efectos a largo plazo, sin embargo, determinaron el destino del comunismo del siglo XX.

En sus últimos años, por primera vez en su vida Lenin acabó viéndose en un terreno que la teoría marxista no había previsto: un partido proletario que había conquistado el poder, y lo ejercía en solitario, habiéndose transformado brutalmente por el camino, en medio de un país atrasado y aislado tanto económica como políticamente, con un proletariado diezmado y un aparato estatal burocrático recién reconstruido. Un “Estado proletario” que en poco coincidía con lo que él mismo esbozara en *El Estado y la revolución*. La necesidad de avanzar hacia el socialismo en un país aislado, pobre y agrícola, desde la conciencia de que la tarea era necesariamente internacional.

Tras la guerra, la NEP trató de crear una nueva base para la vieja alianza entre obreros y campesinos, abandonando la crudeza del comunismo de guerra, las confiscaciones forzosas de grano, etc. La idea de la expropiación violenta del campesinado era, a sus ojos y a los de todos los marxistas clásicos, un delirio político. Confiaba en preservar el poder soviético a esperas de la futura revolución mundial, sellar la alianza con el campesinado y que el propio desarrollo económico sobre la base de la gran industria expropiada fuera eliminando las bases de la pequeña propiedad a la vez que demostraba a los campesinos la superioridad de la producción cooperativa.

***Bajo la consigna de “todo el poder para los sóviets” habitaba un programa para la dictadura del proletariado y el campesinado***

***Desde una perspectiva revolucionaria toda alianza de clase es solo permisible bajo el liderazgo del proletariado, la única clase de progreso. En segundo lugar, subraya la necesidad de que el proletariado, organizado en partido, empuje tras de sí a toda la gran masa de los oprimidos, ganando una mayoría para la revolución victoriosa. En tercer lugar, nos recuerda algo hace tiempo olvidado: la formidable capacidad de liderazgo del proletariado constituido en sujeto político independiente***

Los textos tardíos de Lenin combinan su vigor característico con algo hasta entonces insólito: una cierta conciencia de haber desatado fuerzas que escapaban a su control. Retrospectivamente, podemos ver una dimensión trágica en sus últimos intentos de combatir la burocratización. Tras su muerte, la revolución se dirigió con creciente firmeza hacia derroteros muy diferentes a los que los bolcheviques tenían en mente cuando alcanzaran el poder en 1917.

La Tercera Internacional, por su parte, no tardaría en sustituir el escenario de la hegemonía bolchevique, que en un principio trataba de impulsar, por una política de alianzas con los sectores “progresistas” de la burguesía. Tardía venganza del menchevismo, que retornaba bajo los ropajes de su opuesto<sup>[13]</sup>.

#### **CODA**

En los Estados capitalistas avanzados, el “campesinado” en el sentido en que lo conocía Lenin es hoy una clase prácticamente extinta. El primer sector tiende a emplear hoy a menos del 5% de la población, y ya no consiste en pequeños productores mayormente orientados a una producción de subsistencia. También en esto el tiempo ha dado la razón al marxismo: el desarrollo económico impulsaría la desaparición del pequeño productor agrícola. La historia del vínculo entre el campesinado y el destino del socialismo en el siglo XX aún está por escribir.

Sin embargo, la lección más general contenida en el concepto bolchevique de hegemonía preserva su validez. En primer lugar, demuestra que desde una perspectiva revolucionaria toda alianza de clase es solo permisible bajo el liderazgo del proletariado, la única clase de progreso. En segundo lugar, subraya la necesidad de que el proletariado, organizado en partido, empuje tras de sí a toda la gran masa de los oprimidos, ganando una mayoría para la revolución victoriosa. En tercer lugar, nos recuerda algo hace tiempo olvidado: la formidable capacidad de liderazgo del proletariado constituido en sujeto político independiente. Pocos lo expresaron con más fuerza que Zinoviev, el viejo camarada de Lenin. Respondiendo a los economicistas que preguntaban sardónicamente si el proletariado era en su opinión un mesías, Zinoviev respondió con calma:

“Mesías y mesianismo no son nuestro lenguaje y no nos gustan esas palabras, pero aceptamos el concepto contenido en ellas. Sí, el proletariado es en cierto sentido un mesías y su papel es un papel mesiánico, ya que es la clase que liberará al mundo entero. Los trabajadores no tienen nada que perder salvo sus cadenas; venden su fuerza de trabajo, y constituyen la única clase que tiene interés en reconstruir este mundo sobre nuevas bases y es capaz de liderar al campesinado contra la burguesía. Evitamos términos semi-místicos como mesías y mesianismo y preferimos el término científico: el proletariado hegemónico”<sup>[14]</sup>. ●

## NOTAS Y REFERENCIAS

**[1]** Lenin, Vladimir. *Quiénes son los ‘amigos del pueblo’ y cómo luchan contra los socialdemócratas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, p. 229. Las mayúsculas son suyas.

**[2]** Ver Harding, Neil. *Lenin’s Political Thought: Theory and Practice in the Democratic and Socialist Revolutions*, Harkmarket Books, Chicago, 2009.

**[3]** Lenin, Vladimir. *Quiénes son...*

**[4]** Lenin, Vladimir, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Marxist.org, 1899, una obra maestra del análisis económico marxista, injustamente olvidada. La obsesión con los escritos fragmentarios de Marx sobre Rusia y el desprecio por esta obra de Lenin, que además de ser infinitamente más rica demuestra cómo las posibilidades con las que Marx especulaba en relación a Rusia pronto quedaron históricamente obsoletas, es una muestra más de la frivolidad y la estupidez abrasadora de la Academia contemporánea.

**[5]** El problema del campesinado era un tema de importancia creciente en el marxismo revolucionario. Ver Engels, Friedrich "El problema campesino en Francia y Alemania", *Marxist.org*, 1894; Kautsky, Karl. *La cuestión agraria*, Marxist.org., 1903.

**[6]** Ver Lih, Lars. *Lenin*, Reaktion Books, 2011.

**[7]** Ver Lenin, Vladimir. "Political Agitation and the ‘Class Point of view’", *Marxist.org*, 1902; Schaeffer, Gil, "Lenin and the Class Point of View", *Cosmonaut*, 2020.

**[8]** Lih, Lars. *Ibid.*

**[9]** Ver Kautsky, Karl, *La doctrina socialista*, Marxist.org, 1899; Luxemburgo, Rosa *¿Reforma o Revolución?* Fundación Federico Engels, Madrid, 2006.

**[10]** El más grave error del en general riguroso *Lenin Redescubierto: El Qué hacer en Contexto*, de Lars Lih (Ediciones Extáticas, 2024), consiste en su tendencia a no diferenciar el tipo de régimen que Lenin aspiraba a erigir en Rusia tras la revolución democrática con el Estado burocrático y autoritario coloreado de ciertas libertades que existía en Alemania, el país de referencia de Lenin. Lo cierto es que por más que admirara las mínimas libertades de las que gozaban sus camaradas alemanes, impensables en Rusia, y lo mucho que habían logrado con ellas, su concepto de república democrática va mucho más allá que esto: es un régimen que destruye el viejo aparato burocrático-militar del Estado zarista para entregar el poder al pueblo (la alianza proletario-campesina).

**[11]** Destacados dirigentes socialistas como Kautsky dieron su apoyo a la estrategia bolchevique en aquel periodo. Ver Kautsky, Karl. "Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución rusa", *Izquierdas*, 1906. Lenin escribió un jubiloso prefacio a la traducción rusa del artículo, también contenido en la versión digital de la revista *Izquierdas*.

**[12]** Ver Lenin, Vladimir. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la era de la revolución democrática*, Marxist.org, 1905. Jack Conrad hace una exposición excelente de las diferencias táctico-estratégicas entre bolcheviques y mencheviques en Conrad, Jack. *In the Enemy Camp. Using Parliament for Revolution*, November Publications, Londres, 1993, pp. 21-34.

**[13]** Ver Martens Rodrigues, Francisco. *Anti-Dimitrov: medio siglo de derrotas de la revolución*, Dos Cuadrados, Madrid, 2024.

**[14]** Zinoviev, Gregori, *History of the Bolshevik Party*, Marxist.org, 1924.

HISTORIA  
REPORTAJE

# Contexto histórico y debates en el seno de la III Internacional

\*

**Marina Segovia**







Vladimir Lenin en el grupo de delegados del Segundo Congreso de la III Internacional. Petrógrado, 1920.

**«Si la I Internacional  
previó el futuro desarrollo  
y preparó el camino, si la  
II Internacional reunió  
y organizó a millones  
de proletarios, la III  
Internacional será la  
Internacional de la acción de  
las masas, la Internacional  
de las realizaciones  
revolucionarias»**

Manifiesto de la Internacional Comunista  
a los proletarios de todo el mundo

La importancia estratégica de las tesis y resoluciones enmarcadas dentro de los cuatro primeros congresos de la Tercera Internacional Comunista, aquellos celebrados en vida de Lenin (1919-1922), hace que, como señala el historiador E. H. Carr, todo lo que viene detrás no sea más que un largo epílogo<sup>[1]</sup>. Los primeros intentos para la refundación de la Internacional Socialista fueron, pese a todo, arduos. Habría que esperar hasta 1919 para que el movimiento socialista revolucionario, al calor de la Revolución de Octubre, fundase la Tercera Internacional con el objetivo de propiciar la revolución socialista mundial.

En los albores del siglo XIX, el horizonte era realmente esperanzador. El espectacular crecimiento de las organizaciones obreras se vio frenado con el estallido de la I Guerra Mundial, que socavó definitivamente el desarrollo de una estrategia socialista internacionalista, imposibilitada por el apoyo de los partidos socialdemócratas integrados en la Segunda Internacional a los intereses militares de sus respectivas burguesías nacionales. Las desastrosas consecuencias de la guerra, que ahogaron en sangre al proletariado europeo, y especialmente la toma del poder bolchevique en Rusia, transformaron por completo el contexto político agudizando las tensiones entre reformistas y revolucionarios. La escisión del movimiento obrero socialdemócrata dio lugar a tres tendencias diferenciadas: por un lado la tendencia mayoritaria, encabezada por la socialdemocracia alemana que se había adherido a la *Unión Sagrada*<sup>[2]</sup> y que mantuvo su fidelidad a la Segunda Internacional, por otro, los denominados centristas, quienes con Kautsky como cabeza visible abogaban por la reconstrucción de la Segunda Internacional, y por último, su ala izquierda, que incluía a la minoría internacionalista integrada por los bolcheviques rusos así como por quienes habían mantenido una posición marxista acerca de las tareas del proletariado revolucionario antes de la guerra<sup>[3]</sup>. Estos últimos reclamaban la ruptura con la Segunda Internacional y la creación de una nueva, auspiciada bajo la defensa de una estrategia internacionalista. Para los bolcheviques, el colapso de la Segunda Internacional era simplemente la conclusión lógica del camino hacia el reformismo iniciado por una gran parte de la socialdemocracia:

*“Desde hace tiempo, los oportunistas venían preparando el terreno para este colapso al renegar de la revolución socialista y al sustituirla por el reformismo burgués bajo la careta del patriotismo y la defensa de la patria (...) al convertir en fetiche la necesidad de la utilización del parlamentarismo burgués y de la legalidad burguesa<sup>[4]</sup>.”*

Lenin reconocía que la II Internacional había realizado una labor necesaria en la organización de los trabajadores, pero denunciaba el chovinismo y oportunismo de sus dirigentes, reclamando la necesidad de renunciar a la legalidad burguesa y transformar la contienda imperialista en lucha revolucionaria. Entre mayo y junio de 1915, Lenin publicaba *La bancarrota de la II Internacional*, texto en el que arremetía con dureza contra el viraje de los partidos socialistas que habían votado los créditos de guerra: “El tránsito hacia la organización revolucionaria es una necesidad, lo exige el cambio de la situación histórica<sup>[5]</sup>.”

El debate entre centristas o pacifistas y revolucionarios vuelve a estar presente en las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal, que contaron con la presencia de una delegación bolchevique y en las que, si bien el ala revolucionaria de la socialdemocracia apostó firmemente por la constitución de una nueva Internacional, no se lograron más que avances parciales por la actitud vacilante de algunos elementos centristas<sup>[6]</sup>. En la conferencia de Kienthal, celebrada en abril de 1916, las tesis del ala revolucionaria siguieron sin ser mayoritarias, aunque se alcanzó una mayor radicalidad tanto en el tono como en las acusaciones a los responsables de la matanza, entre los que se incluía a los sectores oportunistas<sup>[7]</sup>.

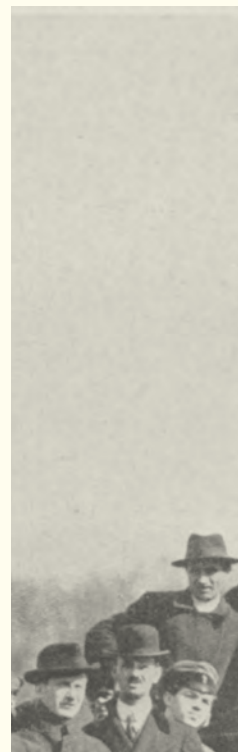
## La toma del poder bolchevique situó a los partidos socialdemócratas frente a una elección en la que no cabían medias tintas

Más allá de su valor simbólico, puesto que supuso la primera reunión marxista a escala internacional en repulsa de la guerra, la trascendencia de ambas conferencias se debe a que sentaron las bases en las que más tarde se fundaría la Tercera Internacional, cuya misión sería, como más adelante plasmaría el propio Lenin, llevar a la práctica los preceptos del marxismo no filtrado por Kautsky y convertir en realidad, a escala internacional, la dictadura del proletariado:

*“La importancia histórica universal de la III Internacional, la Internacional Comunista, reside en que ha comenzado a llevar a la práctica la consigna más importante de Marx, la consigna que resume el desarrollo secular del socialismo y del movimiento obrero, la consigna expresada en este concepto: dictadura del proletariado<sup>[8]</sup>.”*

El triunfo en Rusia de la revolución socialista liderada por el partido bolchevique inauguró un nuevo escenario en el que la conquista del poder político generó las condiciones adecuadas para la fundación de una nueva organización internacional y reactivó un nuevo capítulo de luchas políticas que extendió la insurrección más allá de las fronteras rusas. Devastada por la guerra y el hambre, Europa se vio barrida por una oleada de huelgas, deserciones, motines y protestas. Buena muestra de ello fue el levantamiento espartaquista alemán que comenzó a gestarse a finales de 1918 y terminó con el brutal asesinato de sus líderes Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht a manos de agentes contrarrevolucionarios a las órdenes del gobierno socialdemócrata. A la extensión de insurrecciones por toda Europa le siguió un goteo de escisiones que afectó a los principales países socialdemócratas. La toma del poder bolchevique situó a los partidos socialdemócratas frente a una elección en la que no cabían medias tintas. De un lado quedaron los viejos partidos socialdemócratas, “limpios” de elementos revolucionarios, y del otro la denominada “izquierda de Zimmerwald”, que agrupaba a los bolcheviques, los espartaquistas alemanes, los *tribunistas* holandeses y otros grupos minoritarios.

El 24 de enero de 1919, el Comité Central del Partido Comunista de Rusia llamó a la celebración de una conferencia internacional con el objetivo de dar los primeros pasos hacia la fundación de la Internacional. Eberlein, delegado de la representación de la delegación espartaquista alemana, que ya había tomado el nombre de Partido Comunista de Alemania (KPD), acudió con un mandato de su partido acordado antes del asesinato de Rosa Luxemburgo, de defender que la conferencia cumpliera una labor preparatoria pero no constitutiva. Los bolcheviques se mostraron flexibles y trataron de convencerlo para no aprobar la fundación de la Internacional Comunista con su voto en contra. La llegada de Steinhardt un día después, que presentó una imagen optimista de inminente triunfo revolucionario en Viena, dio un giro a la situación. Pese a la abstención de Eberlein, la conferencia se constituyó en congreso haciendo efectiva la fundación de la Tercera Internacional, también conocida como Internacional Comunista (IC) o, por su nombre en ruso, *Komintern*, que celebró siete congresos internacionales durante el periodo en el que permaneció vigente, hasta 1943. Aunque se partía de la denominación de Tercera Internacional, recogiendo la estela de las anteriores, se propuso constituir una Internacional verdaderamente comunista, frente a la desprestigiada “Internacional Socialdemócrata”, y los partidos constituyentes de la misma pasarían a convertirse en secciones de la misma.



Consignas exigiendo la creación de la III Internacional durante una en una manifestación bolchevique (1917).



Karl Liebknecht al frente de una manifestación en Berlín (1918).

***La III Internacional no era simplemente un agrupamiento de partidos y organizaciones obreras nacionales, sino que actuaba como el Partido Comunista del proletariado internacional***



Reunión del Primer Congreso de la III Internacional (Petrogrado, marzo del 1919).



Vladimir Lenin presidiendo la reunión del Primer Congreso de la III Internacional (1919).

Fue durante los cuatro primeros congresos, celebrados en vida de Lenin, cuando se asentaron los principios fundamentales del programa comunista y tuvieron lugar los principales debates en torno a las tareas organizativas, la definición de la “dictadura del proletariado”, la táctica del frente único y la estrategia de lucha antiimperialista. Los primeros cuatro congresos fueron asambleas de tamaño e importancia crecientes: si el Primer congreso celebrado en 1919 contó con 51 delegados procedentes de 33 países, el Cuarto, que tuvo lugar en 1922, congregó a 408 delegados procedentes de 61 países. Es importante recalcar que la III Internacional no era simplemente un agrupamiento de partidos y organizaciones obreras nacionales, sino que actuaba como el Partido Comunista del proletariado internacional. Su intención era forjar un movimiento político mundial controlado desde el centro y orientado hacia un plan de acción global basado en un análisis interconectado de la lucha de clases.

En el Primer congreso de la Tercera Internacional, de carácter fundacional, Lenin defendió la necesidad de combatir la democracia burguesa y llevar a cabo la dictadura del proletariado, dotando a los partidos comunistas de las pautas para conquistar el poder político:

*“La importancia histórica universal de la Tercera Internacional, de la Internacional Comunista, reside en que ha comenzado a poner en práctica la consigna más importante de Marx, la consigna que resume el desarrollo del socialismo y del movimiento obrero a lo largo de un siglo, la consigna expresada en este concepto: dictadura del proletariado<sup>[9]</sup>.”*

Entre la primavera de 1919 y el verano de 1920, se sucedieron en Europa y las colonias huelgas y estallidos revolucionarios de carácter socialista y antiimperialista, que favorecieron un clima de expectativa revolucionaria en el que el socialismo aparecía como único futuro concebible. Sin embargo, los partidos socialdemócratas de los países que habían luchado en la guerra, que se esforzaban por reactivar de nuevo el cadáver de la Segunda Internacional (Congreso de Berna en 1919, Congreso de Ginebra en 1920), reforzaron el nuevo orden europeo consagrado por el Congreso de Versalles y asumieron un papel contrarrevolucionario desactivando huelgas y luchas obreras.

**Lenin defendió la necesidad de combatir la democracia burguesa y llevar a cabo la dictadura del proletariado, dotando a los partidos comunistas de las pautas para conquistar el poder político**



Lenin se dirige al II Congreso Mundial de la III Internacional. Cuadro de Isaak Brodsky (1924).







El Segundo Congreso, se celebró entre julio y agosto de 1920, en un escenario muy diferente surgido tras la proclamación y derrota de las Repúblicas de los Consejos de Baviera y Hungría, la victoria de los obreros alemanes sobre el «putsch» de Kapp, seguida por los levantamientos obreros en la región del Ruhr, que trataron de organizar una república de consejos, y el avance del ejército rojo, que, tras detener a las tropas polacas, había pasado a la ofensiva<sup>[10]</sup>. En este Segundo Congreso se produjo una avalancha de participación masiva que sumó a buena parte de los partidos de masas del occidente de Europa. Este éxito de convocatoria llevó a Lenin, Zinoviev y Trotsky a añadir a la agenda del congreso un documento de 21 puntos en el que se presentaba a los países una serie de condiciones que debían aceptar para formar parte de la Internacional, de la que pasarían a ser secciones nacionales. Los puntos programáticos, que debían cumplir los partidos integrantes como condición previa a su admisión, consistían en la obligatoriedad de acatar los acuerdos de la Internacional, la ruptura con el oportunismo, la creación de un aparato clandestino subordinado al Comité Central del Partido y la puesta en marcha de tareas de agitación y propaganda sistemáticas, así como el reconocimiento del derecho a la autodeterminación y la lucha por la liberación de las colonias. Frente al Tratado de Versalles suscrito por las potencias europeas, que puso fin a la I Guerra Mundial con la legalización de un nuevo reparto territorial, la Komintern recalcó la necesidad de la unión de las masas proletarias y campesinas de los países capitalistas con los trabajadores de las colonias.

Vladimir Lenin hace un informe sobre la situación internacional en el Segundo Congreso de la III Internacional (Moscú, verano del 1920).

***Frente al Tratado de Versalles suscrito por las potencias europeas, que puso fin a la I Guerra Mundial con la legalización de un nuevo reparto territorial, la Komintern recalcó la necesidad de la unión de las masas proletarias y campesinas de los países capitalistas con los trabajadores de las colonias***



Manifestación de trabajadoras en la Plaza Roja de Moscú con motivo de la inauguración del Segundo Congreso de la III Internacional (1920).



Vladimir Lenin y Elena Stasova en el Segundo Congreso de la III Internacional (1920).



Vladimir Lenin durante el Segundo Congreso de la III Internacional (1920).

***El modelo de revolución que había triunfado en Rusia, eslabón más débil de las potencias europeas, se había topado con grandes dificultades en los países capitalistas maduros, en los que el potencial revolucionario debió hacer frente al aparato de poder estatal y a la presencia de organizaciones socialdemócratas que contaban con una amplia tradición e implantación entre los trabajadores***

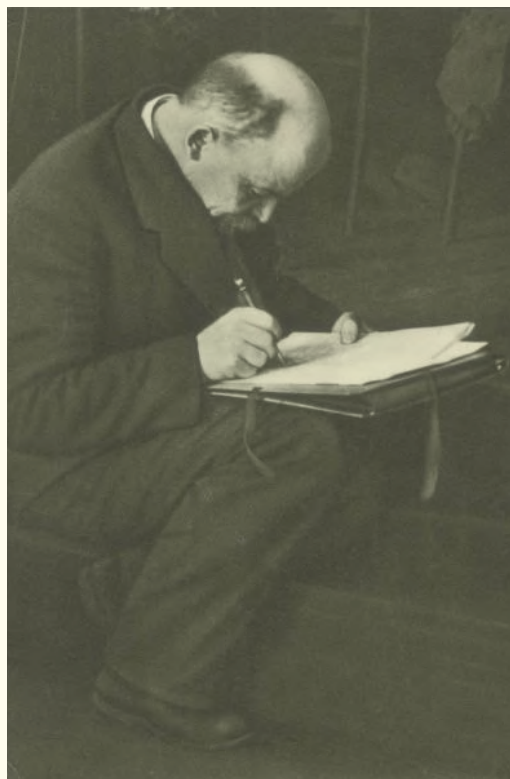
El Tercer congreso de la Internacional Comunista se celebró en 1921, en un contexto de repliegue tras la derrota de la insurrección alemana conocida como “Acción de Marzo”, un capítulo trágico en el desarrollo de la revolución alemana que terminó en desastre. Este hecho abrió un profundo debate en el seno de la Internacional que marcará las resoluciones del Tercer y Cuarto Congreso. Si los dos congresos anteriores se habían celebrado en un clima dominado por el optimismo en el que el triunfo de la revolución proletaria parecía inminente en los países capitalistas maduros, los documentos de junio de 1921 arrojan una mayor cautela. Mientras que la aprobación de las famosas 21 condiciones para formar parte de la Tercera Internacional pretendía establecer un control sobre los elementos reformistas y oportunistas de los viejos partidos que solicitaron su entrada, en el Tercer y el Cuarto congreso, en un periodo de estabilización del capitalismo y cierre de la oleada revolucionaria, se hizo frente al desarrollo de tendencias ultraizquierdistas que tuvieron como respuesta la publicación del conocido texto de Lenin: *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. Este debate que enfrentó a Lenin con el izquierdismo internacional, dirimía una cuestión fundamental: ¿Respondía el bolchevismo a un modelo revolucionario específicamente ruso o aportaba una lección fundamental para los países de Europa occidental? Los izquierdistas planteaban una visión reduccionista del fenómeno bolchevique que venía acompañada por una renuncia a los principios clásicos del marxismo.

1923 resultó un año decisivo para la Internacional Comunista. Ante una situación revolucionaria excepcional, el Partido Comunista de Alemania fracasó con la represión del levantamiento insurreccional de Hamburgo como corolario. Parecía claro que el modelo de revolución que había triunfado en Rusia, eslabón más débil de las potencias europeas, se había topado con grandes dificultades en los países capitalistas maduros, en los que el potencial revolucionario debió hacer frente al aparato de poder estatal y a la presencia de organizaciones socialdemócratas que contaban con una amplia tradición e implantación entre los trabajadores. El nuevo giro de perspectiva aparece plasmado en los escritos de Lenin de 1920, en los que observa cómo las masas permanecían apáticas:

*“La velocidad, el ritmo de desarrollo de la revolución en los países capitalistas es mucho más lento que el nuestro. Era evidente que cuando los pueblos lograsen la paz, inevitablemente disminuiría el movimiento revolucionario. No podemos saber, y nadie puede saberlo de antemano, cuán pronto estallará allí la verdadera revolución proletaria, y qué causa inmediata servirá más para despertarla, encenderla e impulsar a la lucha a amplias masas que actualmente están dormidas. De ahí que sea nuestro deber llevar a cabo nuestro trabajo preparatorio<sup>[1]</sup>.” ●*



Vladimir Lenin tomando notas durante el Tercer Congreso de la III Internacional (Moscú, verano del 1921).



## REFERENCIAS

**[1]** Carr, E. H., *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique (1917-1923). 3 la Rusia Soviética y el mundo*, Alianza, Madrid, 1985.

**[2]** La Unión Sagrada implicaba una tregua entre los diferentes partidos políticos que la apoyaban, que se comprometían a no oponerse al gobierno ni iniciar huelgas durante el desarrollo de la I Guerra Mundial.

**[3]** Resolución del Congreso de Stuttgart sobre el militarismo. Séptimo Congreso de la Segunda Internacional celebrado en Stuttgart del 1 al 24 de agosto de 1907.

**[4]** LENIN, V.I., *Obras Completas*, Tomo XXI, Akal.

**[5]** LENIN, V.I., *La bancarrota de la II Internacional*, Barcelona, Anagrama, 1975.

**[6]** Véase GARCÍA, Miguel, “El movimiento revolucionario durante la primera mitad del siglo XX”.

**[7]** HUMBERT-DROZ, Jules, *L'origine de l'Internationale communiste*. De Zimmerwald a Moscou, Neuchatel, Éditions de la Baconnière, 1968, pp. 168-214.

**[8]** LENIN, V.I., *Obras escogidas en doce tomos, Ediciones Progreso*, Moscú, 1977, t. IX, p. 405.

**[9]** Se conoce como *putsch* de Kapp al golpe de estado dirigido por el político de extrema derecha Wolfgang Kapp el 17 de marzo de 1920, a comienzos de la República de Weimar. Fracasó por la fuerte resistencia obrera desatada tras la convocatoria de huelga general y la llamada del KPD a la lucha armada.

**[10]** RIDDELL, J. (ed), *Workers of the world and oppressed peoples, unite! Proceedings and documents of the 2nd Congress, 1920*, Atlanta, 1991, p. 27.

COLABORACIÓN

# SEMANAS EN LAS QUE PASAN DÉCADAS: LENIN, EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN

---

Texto — **Alex Fernandez**

Imagen — **Adam Radomsky**

Lenin dedicó su vida a estudiar las revoluciones pasadas, prepararse para las revoluciones futuras y dirigir las revoluciones que, por fortuna, se le presentaron hasta en dos instantes de su prolongada trayectoria política (1905 y 1917). La segunda de ellas se saldó en la constitución de un Estado en el que, por primera vez en la historia, el poder residía en la mayoría explotada y no en la minoría explotadora. ¿Qué se puede decir sobre Lenin, el Estado y la revolución en mil palabras escasas? Veamos.

**H**ay momentos excepcionales en los que las clases excluidas de la vida pública asaltan los cielos del poder político. Son los momentos realmente productivos de la historia, experiencias que desatan la energía que, lentamente almacenada durante decenios, dormita en las entrañas de la sociedad. Conocedor del *abecé* del marxismo, Lenin sabía que el proletariado, sin una revolución que le entregue el poder, no puede transformar las raíces económicas de su explotación, puesto que “los intereses más esenciales y decisivos de las clases pueden satisfacerse en general únicamente por medio de transformaciones políticas radicales”<sup>[1]</sup>. Para cumplir con su misión histórica, el proletariado debe conquistar el poder político.

Este principio del marxismo había sido constatado por la experiencia de las revoluciones de 1793, 1848 y 1871. De ellas Lenin aprendió que “el paso del poder del Estado de manos de una *clase* a manos de otra es el primer rasgo, el principal, el fundamental de *la revolución*”<sup>[2]</sup>. Pero el momento revolucionario responde a una lógica específica, contrapuesta a la de las décadas de tediosa paz social. Al arrastrar a todas las clases al ruedo de la lucha política por el poder, el “torbellino” de la revolución *obliga* a posicionarse a *todos los partidos* de la sociedad. Es una lucha abierta entre todos ellos por definir unas reglas de juego que han sido *temporalmente puestas en suspenso*. Es un “momento decisivo” en el que cada acción –y también cada omisión– encierra consecuencias de larguísimo alcance, porque “decide” sobre la secuencia total de los acontecimientos futuros.

La experiencia de todas las revoluciones enseña que en el momento decisivo surgen siempre tres actitudes fundamentales, en representación de las tres clases principales de la sociedad moderna. 1) La burguesía, contraria a toda revolución, trata por todos los medios de limitar el alcance de las transformaciones políticas y económicas, incentivando la *restauración* del antiguo orden por todos los medios. 2) La pequeña burguesía (compuesta de clases medias, campesinos, etc.), aunque simpatiza con la revolución, no se decide a romper completamente con la burguesía. Sus “ilusiones constitucionistas”, su “cretinismo parlamentario” y su falta de audacia la condenan a una *oscilación vacilante* entre restauración y revolución. 3) El proletariado es la única clase con un interés real en llevar la revolución *hasta sus últimas consecuencias*. Sólo su partido mantiene en alto la bandera de la revolución a través de todas sus fases, sin perder de vista su objetivo final.

El problema del poder es el problema fundamental de toda revolución, un problema que se resuelve con la *redefinición de las relaciones de poder* entre las tres clases en un *nuevo orden político*. Pero una revolución no cae del cielo. Surge siempre como consecuencia de unas condiciones objetivas, independientes de la voluntad. La más fundamental: una *crisis del orden político* vigente que resquebraje la capacidad de gobierno del Estado. Lenin lo resumió de la siguiente manera: “Para la Revolución es necesario que los explotadores no puedan vivir y gobernar como antes. Sólo cuando *las ‘capas bajas’ no quieren* lo viejo y las *‘capas altas’ no puede sostenerlo al modo antiguo*, sólo entonces puede triunfar la Revolución”<sup>[3]</sup>.

La crisis política *saca a relucir* la relación de poder que permanecía oculta. Puesto que obliga a los actores a posicionarse claramente, las masas pueden tener una *experiencia directa* de la actitud de cada clase ante los acontecimientos decisivos. En tiempos de paz esta posibilidad está vedada, y sólo un ejercicio meticuloso de propaganda y educación paciente puede llegar a desentrañar los intereses *subyacentes* a cada declaración y a cada maniobra. Esta propaganda, además, sólo llega a educar a una *minoría* de la masa de proletarios. En un momento de crisis revolucionaria, en cambio, los proletarios pueden pasarse *multitudinariamente* a la posición de clase revolucionaria, y hacerlo además a una velocidad vertiginosa –en el momento revolucionario las semanas cuentan por décadas–.

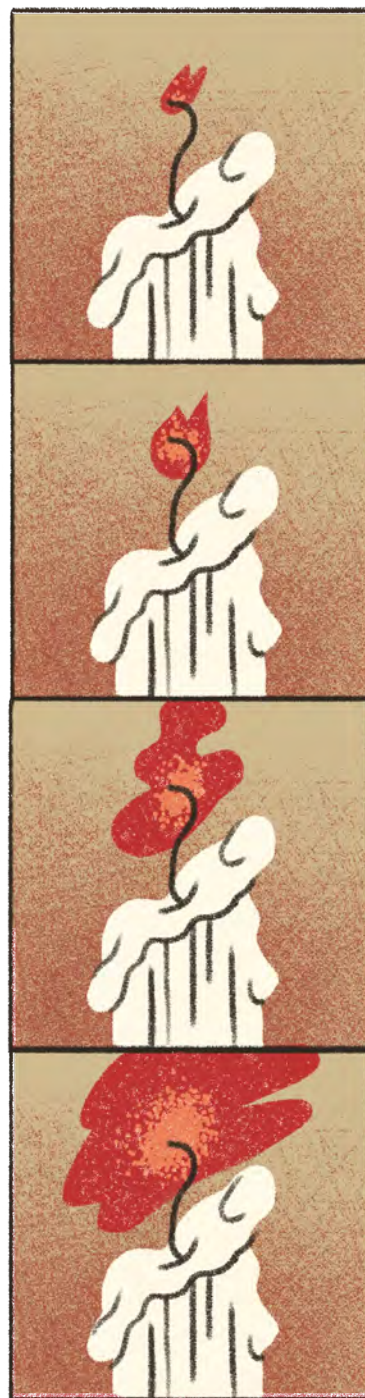
***El problema del poder es el problema fundamental de toda revolución, un problema que se resuelve con la redefinición de las relaciones de poder entre las tres clases en un nuevo orden político. Pero una revolución no cae del cielo. Surge siempre como consecuencia de unas condiciones objetivas, independientes de la voluntad***



Pero para ello es necesaria una segunda condición. Sin una voluntad colectiva organizada, sin un partido que represente los intereses de la clase revolucionaria, las masas caerán bajo la dirección de la burguesía y la pequeña burguesía, la crisis revolucionaria se cerrará en falso y, finalmente, se terminará restaurando de una forma completa o maquillada el régimen político de los capitalistas. La revolución victoriosa exige haber *preparado de antemano* un partido. Y no un partido cualquiera, sino uno revolucionario de masas. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), del que Lenin era dirigente destacado, terminó de consolidarse como partido revolucionario de masas en la década de 1910. Sin este partido, la revolución de octubre de 1917 jamás habría tenido lugar.

Sólo un partido revolucionario, consciente y de masas puede aprovechar la crisis política de las fuerzas de gobierno y dirigir al proletariado hacia el escenario más radical, convenciéndolo de su *derecho a gobernar* y conquistando así una *mayoría decisiva* que respalde el ejercicio de este derecho. Es decir, sólo el partido proletario puede llevar las posibilidades del momento revolucionario hasta las últimas consecuencias, traduciendo la crisis de autoridad del Estado en la constitución de una autoridad política alternativa, esto es, constituyendo un nuevo régimen político. Para Lenin el problema fundamental reside, no en el cambio de los miembros o los partidos en el gobierno, sino en el cambio de la *forma* del Estado. La revolución triunfante es aquella que consigue constituir, no sólo un nuevo Estado, sino un *nuevo tipo de Estado*.

En febrero de 1917 estalló en Rusia una crisis política general que precipitó la caída del zarismo, instaurando un Gobierno Provisional y dejando abierta la cuestión de qué tipo de Estado iba a constituirse: restauración completa de la *monarquía*, constitución de una república *burguesa oligárquica* o constitución de una república obrera y campesina *verdaderamente democrática*. El poder del Gobierno Provisional, apoyado e integrado por la burguesía y la pequeña burguesía, apostaba (si no siempre de palabra, al menos sí en los hechos) por alguna de las dos primeras opciones. Pero el Gobierno Provisional no era la única autoridad política en ese momento. En ciudades como San Petersburgo el poder efectivo estaba en manos de Soviets de diputados obreros y soldados. Eso significa que desde febrero a octubre de 1917 reinó en Rusia una *dualidad de poderes*.



## **En el régimen parlamentario burgués la autoridad de la ley protege la propiedad de esa minoría poniendo límites a la voluntad del proletariado. El Estado parlamentario burgués es en esencia una dictadura de la burguesía sobre el proletariado**

Lenin supo ver que la dualidad de poderes representaba la competición entre *dos formas de Estado*. En la diferencia entre estas dos formas “reside toda la esencia del problema”<sup>[4]</sup>. Sin ejército, policía o aparato burocrático, los Soviets encarnaban *de facto* la concentración de *todo* el poder en manos de las masas armadas. Lenin lo repetirá hasta la saciedad: “¡Ese es el tipo de ‘Estado’ que necesitamos nosotros!”<sup>[5]</sup>. La cuestión, entonces, consistía en que este peculiar contexto de *dualidad de poderes* madurase en favor del poder de los Soviets, en detrimento del poder del Gobierno Provisional burgués, como única vía para anular la posibilidad de la restauración: sólo el poder de las masas armadas podía “proteger, consolidar y desarrollar la revolución”<sup>[6]</sup>.

El Gobierno Provisional tenía en su mano reconocer el fundamento del nuevo régimen en el poder de los Soviets. Es decir, *fundar su legitimidad en el poder insurreccional de las masas, que habían derribado el zarismo*. Pero el Gobierno Provisional quería basar su legitimidad en la *promesa* de una futura Asamblea Constituyente, que debía *decidir* en un diálogo recíproco entre los tres partidos sobre el tipo de Estado más apropiado para Rusia (monarquía, oligarquía o democracia). La realidad era que ningún Parlamento tenía nada que “decidir”, “proclamar” o “legislar” sobre si el pueblo era soberano o no lo era, porque el pueblo *ya había conquistado en la calle su soberanía*. El *legalismo* o “institucionalismo” pequeñoburgués, bajo la ilusión de una Constitución futura que blindase las conquistas de la revolución, dejaba los *instrumentos materiales del poder* en manos de la contrarrevolución. Como sabía Lenin, sólo llevando la revolución hasta el *final*, es decir, sancionando el poder del pueblo y su soberanía como principio rector del Estado, podían *salvarse* la revolución y todas sus conquistas. En otras palabras: entregar todo el poder a los Soviets y convertirlos en la base del Estado era la única vía consecuente.





Durante algunos compases entre febrero y octubre de 1917 el desarrollo pacífico de la revolución, mediante el traspaso voluntario del poder de las manos del Gobierno Provisional a las de los Soviets, fue una posibilidad real. “Haciéndose cargo de todo el poder —decía Lenin—, los Soviets podrían asegurar aún hoy día [...] el desarrollo pacífico de la revolución, la posibilidad de que el pueblo elija pacíficamente a sus diputados, la lucha pacífica de los partidos dentro de los Soviets, la contrastación práctica de los programas de los distintos partidos, el paso pacífico del poder de manos de un partido a otro”<sup>[7]</sup>. Pero la posibilidad de recorrer este camino dependía de los partidos de la pequeña burguesía, que estaban dentro del Gobierno Provisional junto al partido de la burguesía y eran mayoría en los Soviets junto al partido proletario. Mientras el partido proletario estuviese en minoría dentro de los Soviets, cualquier deposición insurreccional del Gobierno Provisional sería aventurada.

El avance de la contrarrevolución (Jornadas de Julio, Golpe de Kornilov, etc.) cerró definitivamente la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución. Criticando pacientemente la traición de la burguesía y la inconsecuencia de la pequeña burguesía, y contraponiendo a ambas su *programa de gobierno*, el partido proletario terminó conquistando una *mayoría decisiva* que le otorgó la *fuerza* que hasta entonces no tenía. Para salvar la revolución de su inevitable hundimiento, el poder debía pasar a estar en manos de los Soviets, contra la voluntad —*ahora ya minoritaria*— del Gobierno Provisional: la *insurrección* estaba a la orden del día<sup>[8]</sup>.

En diez días que estremecieron al mundo, el partido proletario depuso el Gobierno Provisional y formó una coalición de gobierno con el ala izquierda de la pequeña burguesía —los eseristas de izquierda— sobre la base del reconocimiento de los Soviets como fundamento del Estado<sup>[9]</sup>. ¿Cuáles son los principios rectores de este tipo de Estado? Para responder esa pregunta Lenin cree que primero hay que responder esta otra: ¿cuál es la *fuerza del poder* de cada tipo de Estado?

En un Estado parlamentario burgués —o Estado de Derecho— la *ley* es la fuente de una soberanía dividida entre el poder legislativo, el poder ejecutivo y el poder judicial, que conjuntamente blindan los intereses de clase de una *minoría* de explotadores. Los principios del parlamentarismo, la división de poderes y la restricción de los derechos políticos (de reunión, asociación, expresión o sufragio) son el cascarón necesario del Estado oligárquico de la burguesía. En el régimen parlamentario burgués la autoridad de la ley protege la propiedad de esa *minoría poniendo límites* a la voluntad del proletariado. El Estado parlamentario burgués es en esencia una *dictadura de la burguesía sobre el proletariado*.

En un Estado como el que estaba desarrollándose en Rusia, inspirado en el modelo de la Comuna de París, “la fuente del poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo”<sup>[10]</sup>. En este sentido, Lenin dice que “democracia es *el Estado* que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la *violencia* sistemática de una clase contra otra”<sup>[11]</sup>. Se trata, en esencia, de la *dictadura revolucionaria del proletariado* sobre la minoría de los explotadores<sup>[12]</sup>.

Los principios de un Estado en el que la fuente del poder es la voluntad de la mayoría proletaria son fundamentalmente tres: *instituciones representativas* (supresión del parlamentarismo), concentración de *todo el poder* en estas instituciones (supresión de la división de poderes y el aparato burocrático militar), *igualdad* político-social de todos los ciudadanos (supresión del acceso privilegiado a las funciones públicas, reverso de la limitación de los derechos políticos).

1) Instituciones representativas, porque la voluntad mayoritaria sólo se puede aplicar a través de representantes electivos, responsables y revocables. Las instituciones representativas están formadas por diputados que no proclaman *leyes*, sino que dictan *medidas* que expresan la voluntad mayoritaria.

2) Los representantes electos del pueblo concentran todo el poder, porque la separación del poder legislativo de los poderes judicial y ejecutivo, con su aparato funcional-militar separado, impone *restricciones burocráticas* a la voluntad mayoritaria. El *orden público* deja de estar defendido por un cuerpo especial de funcionarios, militares, jueces y policías, y pasa a estarlo por una *milicia de todo el pueblo*.

3) Igualdad, porque todos los miembros de la sociedad tienen el mismo derecho al ejercicio del poder público. No se trata de la igualdad de individuos privados *ante* la ley como fuente de *autoridad externa*, sino de su igualdad como miembros soberanos de la comunidad política, esto es, como portadores de un idéntico *derecho a gobernar*. En este último principio se resumen los anteriores, y Lenin además lo destaca como aquel que apunta a la transformación del capitalismo en socialismo: “Democracia significa igualdad. Se comprende la gran importancia que encierra la lucha del proletariado por la igualdad y la consigna de la igualdad, si esta se interpreta exactamente, en el sentido de destrucción de las clases”<sup>[13]</sup>.

De la nueva democracia naciente dice Lenin que “va dejando de ser una democracia, pues democracia significa dominación del pueblo, y el propio pueblo armado no puede dominar sobre sí mismo”<sup>[14]</sup>. El Estado va dejando de ser un Estado. No porque desaparezcan los mecanismos colectivos de toma de decisiones, las agrupaciones partidistas o la necesidad de procedimientos que subordinen la opinión de la minoría a la de la mayoría. Lo que desaparece es la *función represiva* de las instituciones públicas, pues todas las partes de la sociedad pueden canalizar su voluntad y sus intereses a través de las vías legítimamente establecidas.

Un tipo de Estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría no es un medio entre otros posibles para la construcción del socialismo, sino la *forma política necesaria* de ese proceso: es el tipo de Estado que permite el control colectivo sobre los medios de producción. Un Estado en el que gobierna la mayoría proletaria es una “fase del democratismo[que] se sale ya del marco de la sociedad burguesa, es ya el comienzo de su transformación socialista. Si *todos* intervienen realmente en la dirección del Estado, el capitalismo no podrá ya sostenerse”<sup>[15]</sup>. ●



## REFERENCIAS

- [1] Lenin, V., “¿Qué hacer?”, *Marxists.org*, 1902.
- [2] Lenin, V., *Entre dos revoluciones*, Siglo XXI, 2017, Madrid, p. 59.
- [3] Lenin, V., *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Ediciones Akal, Madrid, 2021, p. 100.
- [4,5,6,7] Lenin, V., *Entre dos revoluciones*, Siglo XXI, 2017, Madrid, p. 72.
- [8] Lenin, V., “El marxismo y la insurrección”, *Marxists.org*, 1917.
- [9] Sobre el primer gobierno soviético, véase Douds, Lara, *Inside Lenin’s Government. Ideology, Power and Practice in the Early Soviet State*, Bloomsbury Academic, London, 2018.
- [10] Lenin, V., *Entre dos revoluciones*, Siglo XXI, 2017, Madrid, p. 72.
- [11] Lenin, V., “El estado y la revolución”, *Marxists.org*, 1917.
- [12] El antagonismo entre democracia y Estado burgués de derecho también ha sido siempre señalado por los enemigos de la revolución. Véase, por ejemplo, Schmitt, Carl, *Teoría de la constitución*, Alianza Editorial, Madrid, 2024. Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- [13] Lenin, V., “El estado y la revolución”, *Marxists.org*, 1917.
- [14] Lenin, V., *Entre dos revoluciones*, Siglo XXI, 2017, Madrid, p. 105.
- [15] Lenin, V., “El estado y la revolución”, *Marxists.org*, 1917.





COLABORACIÓN

# EL IMPERIALISMO, EN UN SENTIDO POLÍTICO

---

Texto — **Aitor Martínez**



Frecuentemente vemos descartar teorías y propuestas políticas remarcando las diferencias de la actualidad con la época en la que las mismas fueron formuladas. Sin embargo, muchas veces, el reconocimiento de la diferencia se basa en el desconocimiento de la realidad; y no necesariamente de la realidad pasada, sino de la presente, que es la experiencia fundamental que nos permite estudiar y comprender el pasado.

#### UN PROBLEMA

**L**a teoría de Lenin no está exenta de ese peligro. El camino fácil es decir que los tiempos han cambiado. Lo difícil es caracterizar esos tiempos. A la teoría leninista del imperialismo se la ha llegado a reivindicar precisamente defendiendo lo que es caduco en relación a ella: una interpretación unilateral y abstracta. Por el contrario, se le ha criticado haciendo caduco lo que no es. Y, sin embargo, podemos decir que nada es caduco en esa teoría, porque si lo fuera por el paso del tiempo, la teoría al completo lo sería. Lo que son caducas son ciertas interpretaciones, a pesar de haberse hecho recientemente. Los que la defienden, por hacerlo de un modo parcial y unilateral, hacen caduca una de sus partes, haciendo inservible la totalidad. Los que la critican aspiran a hacerla caduca al completo.

A mi juicio, el elemento fundamental de la discusión sobre la teoría leninista del imperialismo gira en torno a la caracterización del monopolio en la época imperialista, y a su verdadero contenido. Es fundamental comprender el carácter de los textos de Lenin acerca del imperialismo y su estrecha relación con su época para poder salvar la teoría imperialista que defendió, y su sentido político.

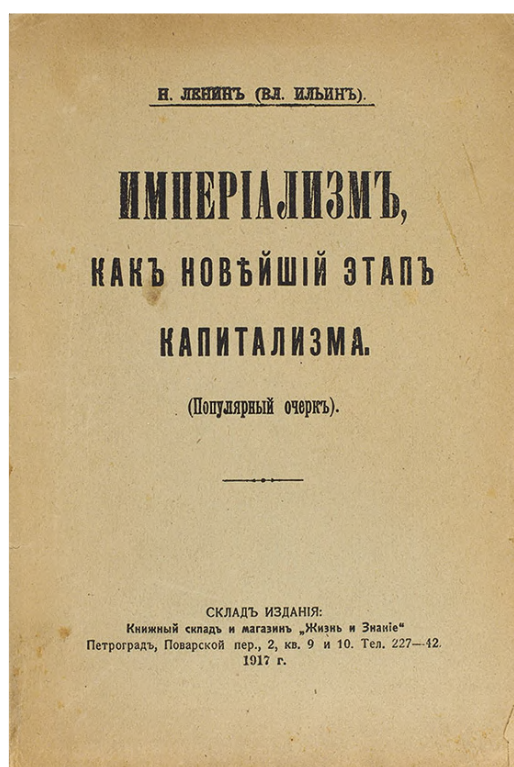
*El imperialismo, fase superior del capitalismo* fue escrito en 1917, en una situación de Guerra Mundial donde las grandes potencias disputaban entre sí el reparto del mundo. El monopolio era una categoría fundamental para entender la composición de los grandes bloques en disputa, y realizar una foto más o menos estática del mismo permitía identificar la esencia del poder burgués como poder que ejercía un control total sobre las vidas de millones de seres humanos. En una situación tal, la identificación del monopolio como el poder absoluto que incluso desactivaba las leyes económicas de una fase previa del capitalismo, clasificada como mercantil, estaba estrechamente relacionada con la situación imperante del momento, de crisis y de guerra de exterminio mundial, y respondía con urgencia a la tarea política por realizar: la guerra civil total contra la burguesía y sus estados.

**"El imperialismo, fase superior del capitalismo" fue escrito en 1917, en una situación de Guerra Mundial donde las grandes potencias disputaban entre sí el reparto del mundo. El monopolio era una categoría fundamental para entender la composición de los grandes bloques en disputa, y realizar una foto más o menos estática del mismo permitía identificar la esencia del poder burgués como poder que ejercía un control total sobre las vidas de millones de seres humanos**

Si bien se pueden leer afirmaciones que dan a entender que con la fase superior del capitalismo queda definitivamente abolida la ley del valor, pues el monopolio es el que determina de manera cuasi-consciente la formación de los precios —así como también hay afirmaciones contrarias donde se dice que el monopolio convive con el mercado y la competencia y, por lo tanto, no es más que una situación temporal abstracta que permite a Lenin pensar la política—, no se puede responder a las mismas descartando el peso cada vez mayor de la tendencia monopolista y de la geopolítica capitalista en el control mundial sobre los precios y sobre las vidas de millones de proletarios. En ese sentido, no se puede descartar el valor de la teoría de Lenin, pues sin duda interpreta de manera adecuada lo especial de los tiempos en los que vivimos y la tendencia constante al monopolio que el propio Marx describe y demuestra en *El Capital*. Es más, a pesar de que la competencia engendre monopolio y el monopolio competencia, cuestión esencial en la teoría de Marx pero también en la teoría imperialista de Lenin, no se pueden igualar como tendencias abstractas, pues la tendencia al monopolio es la realmente dominante, desde un punto de vista político, y esencial para comprender la crisis bélica y las posibilidades de apertura revolucionaria. Al fin y al cabo, la crisis estalla como competencia entre monopolios, esos monopolios descritos por el propio Lenin y caracterizados como capital financiero, fruto de la fusión del capital bancario con el industrial, y de las redes tejidas por el Capital con las estructuras del estado capitalista. Cuestión esta última de importancia vital, pues el Capital no es movimiento económico en abstracto, es poder económico y político, es sometimiento del proletariado por medio de la violencia del Estado.

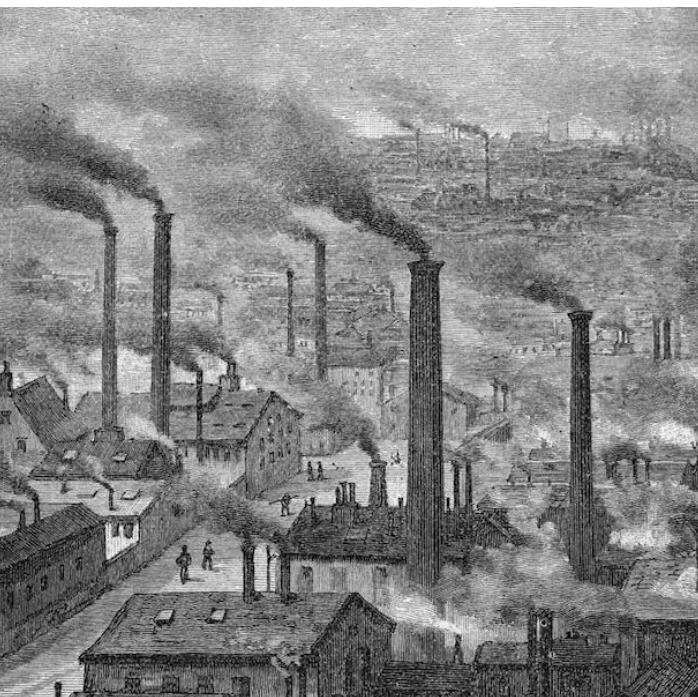
El problema al que nos enfrentamos es, por tanto, reivindicar el monopolio, en un sentido leninista, como tendencia dominante en la relación de capital, que permite identificar a los grandes grupos geopolíticos en disputa y, sobre todo, a los mismos como burgueses y a sus guerras como imperialistas. En definitiva, el problema consiste en rescatar la teoría política de Lenin de los análisis pretenciosamente científicos de la academia.

Portada de la primera edición de la obra de V. I. Lenin *El imperialismo como etapa más nueva del capitalismo*, publicada en Petrogrado en 1917.



### LA BASE ECONÓMICA DEL IMPERIALISMO

En Lenin, la base económica del imperialismo consiste en la capacidad de ejercer el control monopólico sobre los procesos productivos. En su contexto, ese control se realiza mediante la gestión política directa de los territorios conquistados por medio de la guerra, esto es, mediante el reparto por parte de las potencias capitalistas de los territorios convertidos en colonias. El control, en ese sentido, es profundamente político. Eso se refleja también en la estructura económica; o, más bien, este es el fundamento que explica la forma en la que se ejerce ese poder político. La época de Lenin se caracteriza por los grandes procesos de acumulación y centralización de capital, en todos los sentidos. La mayor evidencia es la creación de enormes centros productivos, de grandes fábricas, donde capitales específicos controlan todo el proceso de producción de una determinada mercancía, en todas sus fases. El poder político se caracteriza no solo como dominación absoluta de determinados grupos de burgueses sobre el proletariado confinado en sus centros productivos, sino que, también, de esos mismos burgueses sobre el conjunto de la realidad y las leyes de la naturaleza, pues ejercen un control más o menos consciente sobre la producción de determinadas mercancías. Grupos como *cartels* o *trusts*, uniones conscientes de la burguesía para ejercer un control monopólico sobre la realidad.



En los tiempos que corren, en cierto sentido, la dominación burguesa en el centro de trabajo se ha despersionificado. Ahora son otras figuras sociales las que ejercen el control inmediato sobre el proletariado; mediadores de la burguesía que, subsumidos a la forma del trabajo asalariado, pretenden salvar la línea divisoria del antagonismo de clase, convirtiendo la función burguesa de disciplinar al proletariado en un puesto de trabajo abierto al propio proletariado, al menos en cuanto a derecho formal.

Sin embargo, la base económica del imperialismo sigue siendo la misma; lo que varía es su forma política. No, sin embargo, su impulso político: la guerra y la conquista. En esencia, sigue siendo lo mismo: control monopólico y despótico de los procesos económicos mediante el mecanismo de la dictadura política. Y su medio más esencial, tampoco ha variado. La guerra, la conquista militar de los territorios o el sometimiento político de los países de la periferia mediante el establecimiento de gobiernos títeres son la expresión política más esencial de la dominación burguesa sobre los procesos económicos de explotación del trabajo asalariado en una época imperialista.

La forma política, sin embargo, ya no es principalmente colonialista. Ahora las conquistas exportan democracia, elecciones burguesas y candidatos autóctonos. La dominación no consiste tanto en un control inmediato del proceso productivo sino en su control mediado por la forma más desarrollada del capital: la del capital financiero, que ejerce un control económico sobre los procesos productivos, fundamentado en la propiedad privada sobre el capital dinerario. Ahora se compran títulos de participación sobre el capital y los bancos establecen condiciones a los créditos que dan a los países previamente arrasados por ellos mismos.

Pero, en realidad, todo esto ya estaba en la teoría de Lenin, y en su análisis sobre el capital financiero, a pesar de que aun aparezca mezclado con formas transitorias de imperialismo previas al despliegue total de la dominación del capital financiero. El desarrollo que hoy conocemos ya estaba previsto en su teoría, porque se estaba dando de hecho. Al fin y al cabo, el análisis del imperialismo como fase superior del capitalismo consistía en actualizar la forma política de la dominación capitalista sobre el mundo: la superación del colonialismo y el ejercicio de la dominación política adaptada a la nueva fase económica del capital, la fase del monopolio.

Los cambios en la forma de la dominación se deben, precisamente, a lo que es nuevo, en comparación con la época de Lenin, aunque lo nuevo ya estaba integrado en la teoría de Lenin como tendencia en desarrollo que aún no había desplegado por completo sus formas concretas de dominación política. Lo que es nuevo es el modelo productivo capitalista, que ya no se basa tanto en el control inmediato —en un sentido físico— sobre toda la cadena productiva, sino que en su dominación a través de la forma más desarrollada del capital financiero. Lo que implica que las conquistas ya no requieran de una perpetua presencia visible y evidente en el territorio, sino que estas buscan crear dependencias económicas reales en los países sometidos. Dependencias que se renuevan mediante el sometimiento político, y que al mismo tiempo renuevan el sometimiento político. Y eso es posible porque la forma de dominación del capital financiero ya no solo se da entre países, sino que también al interior del proceso productivo.

***La época de Lenin se caracteriza por los grandes procesos de acumulación y centralización de capital, en todos los sentidos. La mayor evidencia es la creación de enormes centros productivos, de grandes fábricas, donde capitales específicos controlan todo el proceso de producción de una determinada mercancía, en todas sus fases.***

***El poder político se caracteriza no solo como dominación absoluta de determinados grupos de burgueses sobre el proletariado confinado en sus centros productivos, sino que, también, de esos mismos burgueses sobre el conjunto de la realidad y las leyes de la naturaleza, pues ejercen un control más o menos consciente sobre la producción de determinadas mercancías***

### LA BASE SOCIAL DEL IMPERIALISMO

Lo que no varían son las consecuencias sociales ni la especificidad política de la época imperialista en lo que respecta a la composición de clase y a la lucha de clases. Ya Lenin advirtió la creación en los países imperialistas, permitida por la explotación del plusvalor producido por los proletarios de los países pobres, de una capa privilegiada en el seno de la clase obrera, que actúa como base social y colchón del poder burgués.

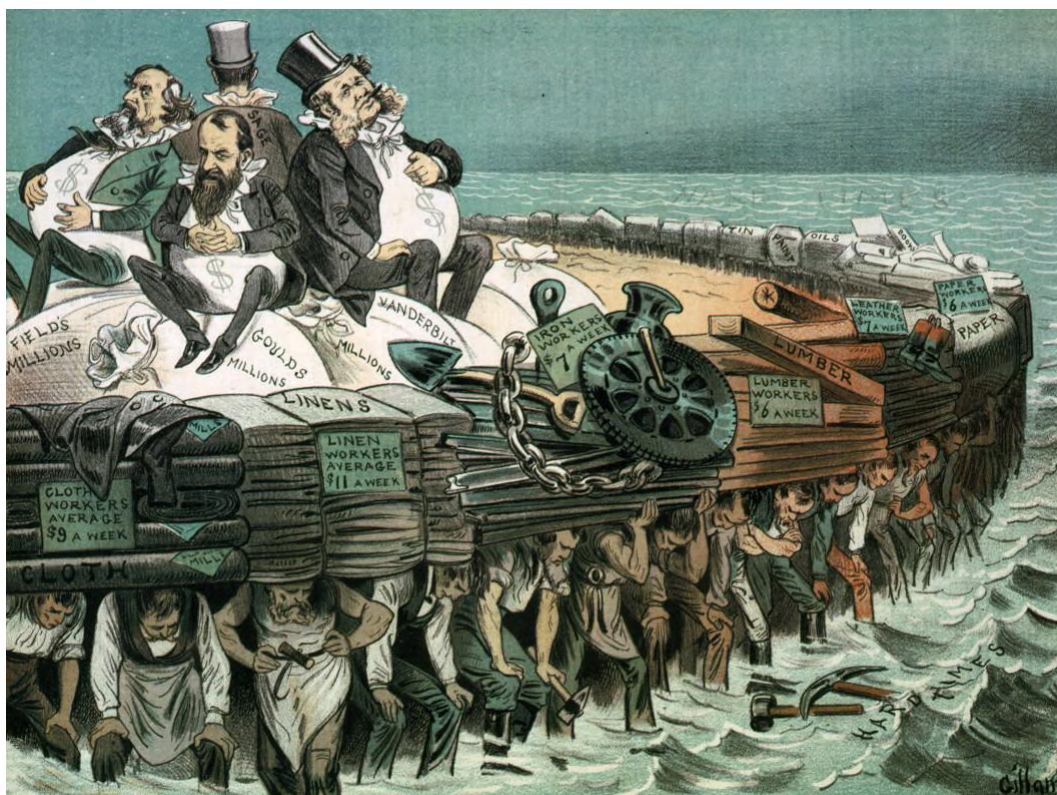
Podemos decir, además, que la aristocracia obrera no es simplemente un apoyo a el poder de la burguesía: la aristocracia obrera, la capa privilegiada de la clase obrera, es el poder burgués en el seno del proletariado. Y no lo es solo porque en la forma del salario se apropie de una parte del plusvalor producido por el proletariado, sino que, también, porque como distinción interna a la clase obrera respecto a su capa más pobre, el proletariado, cumple con la función política de disciplinar socialmente, por el solo hecho de su existencia como estamento privilegiado, pero además también conscientemente: se constituye en bloque político diferenciado en la socialdemocracia y el reformismo, se organiza para actuar en contra del proletariado migrante, se perpetúa en las estructuras del estado burgués y casi las copa al completo, se funde con la política y la adecúa a su propia forma de existencia como estamento privilegiado de la clase obrera... la aristocracia obrera, constituida en clase media, representa todos los valores burgueses que la propia burguesía ya es incapaz de representar, hace posible la socialización de esos valores como valores de toda la sociedad en una situación donde la burguesía monopolista existe ya como estamento inalcanzable, opuesta a todo valor colectivo y social.

Marx y Engels hablaron del aburguesamiento que se dio en el proletariado en Inglaterra con motivo del botín incautado a los países de la periferia. Lenin hablaba de la ideología pequeñoburguesa de la aristocracia obrera, o simplemente la identificaba como pequeñoburguesa, por su ideología. La riqueza del aparato categorial del marxismo en cuanto al análisis de clases y de la lucha de clases, de su dinamismo, es infinitamente superior al de los partidos burgueses, y en especial al de la socialdemocracia, que no comprende que un obrero puede actuar como figura social de disciplina a las órdenes de la burguesía, o puede ser un pequeñoburgués por su ideología. El elemento político de la lucha de clases, la dignidad del proletariado que lucha, son elementos constituyentes de la clase, en un sentido marxista, pues la clase no es lo que está, sino lo que hace, lo que produce y lo que tiende a la lucha revolucionaria.

El análisis de Lenin de la aristocracia obrera como producto nuevo del imperialismo en el seno de las potencias centrales es una lección imprescindible del análisis marxista de la lucha de clases. Además, se corresponde fielmente con el análisis del imperialismo como fase terminal: el colapso de la sociedad capitalista, su putrefacción, se expresa en la incapacidad de la burguesía de ejercer como representante de la sociedad y de los valores positivos de la misma; por ello, se hace necesario que una clase media actúe en su lugar, una clase que simboliza la vitalidad de la sociedad capitalista y representa los principios fundamentales de la nación, la cultura y la democracia. Pero una clase que, sin embargo, se resquebraja en la medida en que lo hace la sociedad capitalista, por ser ella misma esa sociedad capitalista.

***La aristocracia obrera (...) es el poder burgués en el seno del proletariado. Y no lo es solo porque en la forma del salario se apropie de una parte del plusvalor (...), sino que, también, porque como distinción interna a la clase obrera respecto a su capa más pobre, el proletariado, cumple con la función política de disciplinar socialmente, por el solo hecho de su existencia como estamento privilegiado***

**El colapso de la sociedad capitalista, su putrefacción, se expresa en la incapacidad de la burguesía de ejercer como representante de la sociedad y de los valores positivos de la misma; por ello, se hace necesario que una clase media actúe en su lugar, una clase que simboliza la vitalidad de la sociedad capitalista y representa los principios fundamentales de la nación, la cultura y la democracia. Pero una clase que, sin embargo, se resquebraja en la medida en que lo hace la sociedad capitalista, por ser ella misma esa sociedad capitalista**



**(...) Lenin analiza las condiciones políticas nuevas generadas en la fase superior del capitalismo, así como las consecuencias para la estrategia revolucionaria, tal y como las desarrollará en otros escritos de la época. Esas condiciones son: la crisis capitalista y el impulso bélico, y la aristocracia obrera como pegamento social que evita la crisis revolucionaria. De las cuales deriva un concepto de independencia de clase, sostenido sobre la forma concreta que esta adquiere: la dictadura del proletariado**

### **EL MONOPOLIO COMO TEORÍA POLÍTICA DEL PODER BURGUÉS**

Gran parte del folleto *El imperialismo, fase superior del capitalismo* está dedicado a exponer mediante datos la tendencia económica del capitalismo a la formación de monopolios. Lenin identifica al monopolio como la base económica del imperialismo. Un monopolio que, por el hecho de serlo, implica estancamiento y descomposición, pues su principio rector ya no es el desarrollo de las fuerzas de producción capitalistas, sino que la usura y la extracción de renta. Ese proceso se da por medio de la formación del capital financiero, que es el producto de la fusión entre el capital dinerario y el capital industrial, cuyo centro neurálgico son los bancos monopolistas. Son estos los que, mediante la exportación de capitales, se hacen con el control del proceso productivo de plusvalor y lo monopolizan con el objetivo de extraer beneficios rentistas del mismo.

Ahora bien, la única garantía de ese proceso es la fuerza. El imperialismo implica un enorme aumento del impulso bélico como garantía de la dominación política que subyace a la expropiación rentista. Asimismo, se requiere de una base social que dé garantías al impulso bélico imperialista, que lo justifique por ser un producto positivo del mismo. En definitiva, bajo el paraguas del análisis económico, Lenin analiza las condiciones políticas nuevas generadas en la fase superior del capitalismo, así como las consecuencias para la estrategia revolucionaria, tal y como las desarrollará en otros escritos de la época. Esas condiciones son: 1) la crisis capitalista y el impulso bélico, y 2) la aristocracia obrera como pegamento social que evita la crisis revolucionaria. De las cuales deriva un concepto de independencia de clase, sostenido sobre la forma concreta que esta adquiere: la dictadura del proletariado.

Si su análisis se enfoca en el dominio del monopolio, eso solo es para analizar el fundamento del poder político de la burguesía, cómo se constituye ésta en bloques de poder. Sin embargo, el monopolio no está exento de competencia. Lenin mismo señala que este se desarrolla en un contexto de competencia general y, más aún, que esa competencia no la relega a un simple juego económico, sino que deriva necesariamente en la lucha política entre monopolios y en la guerra imperialista.





***Los poderes absolutos asignados al monopolio son, en términos políticos, poderes dictatoriales. El monopolio, la tendencia a la dominación absoluta, se corresponde fielmente al concepto de dictadura***

Así pues, la teoría leninista del monopolio nos permite pensar en la política en el contexto del desarrollo más avanzado –y último– de la dominación burguesa. Las cualidades políticas asignadas al monopolio como el culmen de la fase de desarrollo del poder burgués son aquellas ya presentes en las fases más tempranas del capital, que no se desarrolla en abstracto, por motivo de un desarrollo económico impersonal, sino que direccionadamente, concretamente, con sentido único: desarrollar el poder político de la burguesía sobre el proletariado, dominarlo. De modo que, los poderes absolutos asignados al monopolio son, en términos políticos, poderes dictatoriales. El monopolio, la tendencia a la dominación absoluta, se corresponde fielmente al concepto de dictadura.

Y es que, sólo si pensamos en términos de dictadura, de acumulación de poder despótico, podemos concebir una teoría política. Esto refiere también al proletariado. La dictadura del proletariado no es una especie de recurso literario, es la única forma en la que se puede concebir la política y la lucha de clases. El propio Lenin lo dijo: marxista no es quien reconoce la lucha de clases; “marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado”.

El monopolio ocupa un lugar similar en la teoría del imperialismo de Lenin. Reconocer la tendencia de las diferentes facciones de la burguesía a acumular poder, a competir entre sí, y el desarrollo de esa competencia necesariamente en guerra imperialista son fundamentales para comprender la realidad en la que vivimos. La teoría del monopolio es una teoría del poder político burgués, de sus límites, y de nuestras posibilidades. Muy al contrario de la teoría kautskiana del ultraimperialismo, que diluye el antagonismo político y el antagonismo de clase en una especie de desarrollo armonioso a nivel mundial, que, si bien puede abrirse paso a través de la violencia, esta aparece totalmente desprovista de su forma política, la lucha de clases.

Sin duda alguna, el Lenin que reivindicamos es el único posible: el de la lucha a muerte contra la burguesía, en todos los ámbitos. El que no dejaba ni el más pequeño hueco por el que pudiera pasar el revisionismo y el oportunismo. Y en el tema que hoy nos ocupa, reivindicamos el Lenin que daba forma concreta a la dictadura del proletariado: en la lucha contra la burguesía, llamando a hacerle la guerra civil, y en la lucha contra traidores a la causa internacional del proletariado, que se posicionaron a favor de su bloque imperialista en la Primera Guerra Mundial, llamando a romper con ellos y a reconquistar la independencia de clase. ●

---

**Publicación**

**DICIEMBRE 2024**

EUSKAL HERRIA

---

**Coordinación,**

**redacción**

**y diseño**

**GEDAR LANGILE**

**KAZETA**

---

**Web**

**GEDAR.EUS**

---

**Redes sociales**

TWITTER E

INSTAGRAM

**@ARTEKA\_GEDAR**

---

**Contacto**

**HARREMANAK@**

**GEDAR.EUS**

**Suscripción**

**GEDAR.EUS/**

**HARPIDETZA**

---

**Edición**

**ZIRRINTA**

**KOMUNIKAZIO**

**ELKARTEA**

AZPEITIA

---

**Depósito Legal**

**D-00398-2021**

---

**ISSN**

**2792-453X**

---

**Licencia**





